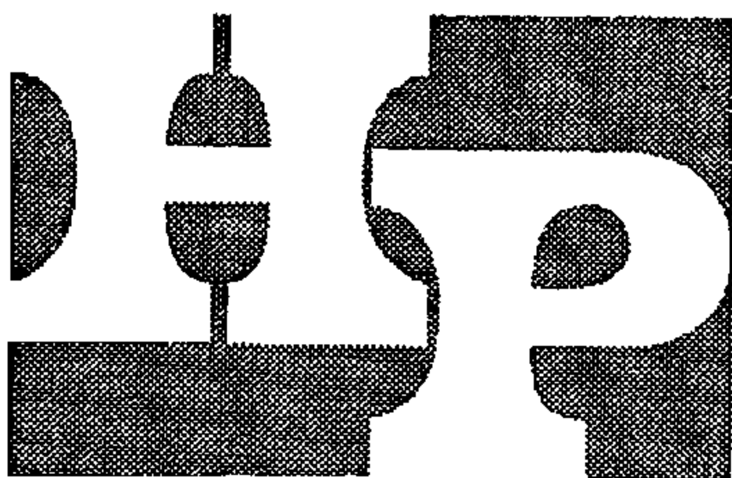
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

EL HADA NEGRA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL HADA NEGRA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 13
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 3618-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edición: ene., 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

¡UN *SHERIFF* Para Tucson!

El hombre había estado blanco al principio. Luego se volvió amarillo.

La sangre, al escapar por sus heridas, había ido cambiando el color de su rostro. La palidez marmórea de sus facciones duró mientras su cuerpo aún pudo sangrar. Luego quedó sin fuerzas, sin vida, sin sangre, sin nada. Ahora tenía un color amarillento sucio, como de pergamino viejo.

Le habían disparado dos balas al pecho. Y al caer le habían incrustado entre las costillas un largo cuchillo «Bowie». Así lo dejaron, esperando que se desangrara.

Junto a él, en el suelo, habían clavado un cartel que en letras negras decía:

«¡UN *SHERIFF* Para Tucson!»

Como ese hombre, había en la calle otros muertos. Quizá llegaban a la media docena. La gente pasaba junto a ellos sin hacer demasiado caso, lo que no era extraño en una ciudad como aquélla. Pero sí resultaba extraño que nadie se hubiese preocupado aún de sacar los cuerpos de allí. Y es que esa noche Tucson era verdaderamente una ciudad muy atareada.

Nadie tenía tiempo para ocuparse de una cosa tan humanitaria como es dar sepultura a un muerto. La atención general estaba concentrada en la fachada del saloon Tres Estrellas, el mejor de la ciudad, que esta noche rutilaba de luces.

La parte principal de esa fachada, tapando incluso los nombres

de las bailarinas, estaba ocupada por un gran letrero pintado sobre tela que decía también:

«¡UN *SHERIFF* PARA TUCSON!»

Pasaban de doscientas las personas estacionadas frente al saloon. Todas parecían aguardar algo.

Un hombre de unos treinta años, alto y delgado, vestido como un auténtico *gentleman*, se abrió paso a codazos entre la multitud y penetró en el Tres Estrellas.

Dentro, alrededor de varias mesas unidas, había seis hombres que se afanaban en contar papeletas depositadas sobre las mismas. Esas papeletas eran votos de los habitantes de la ciudad.

Más allá, apartados de los que contaban, había dos grupos. Uno de ellos, formado por tres hombres silenciosos y taciturnos, sentados alrededor de una mesa y otro por casi una docena que gritaban y reían alegremente, rodeando a un hombre que parecía ser el centro de la expectación de toda la sala.

El recién llegado se acercó a ese hombre y saludó:

—¡Un *sheriff* para Tucson!

—¡Bien dicho, Barklay! ¡Ven, bebe con nosotros!

Había varias botellas en una mesa contigua. El llamado Barklay se sirvió una copa de ginebra, que bebió de un trago. Luego lanzó un suspiro de satisfacción.

—Lo necesitaba. La verdad es que estoy acostumbrado a todo, pero el aspecto de la calle hubiera impresionado hoy a cualquiera. Junto al saloon hay al menos media docena de muertos.

—Cosas de las elecciones —dijo uno como si estuviera hablando del tiempo—. Ya se sabe. Siempre hay peleas, alguna que otra cuchillada, algún disparo hecho al azar…

—Hecho al azar pero apuntando a los ojos, ¿no? —comentó uno de los tres que estaban en el grupo aparte.

—Más os valdrá callar —silbó Barklay—. Demasiado sabéis que vuestro poder va a durar muy poco tiempo.

El que había hablado se mordió los labios y calló. Entonces Barklay se fijó en el hombre que constituía el centro y la atracción de su grupo.

Era alto, muy fuerte, y no tendría más allá de treinta y dos años. Vestía también como un caballero, pero en este momento se había

quitado la levita y se hallaba en mangas de camisa, semi desabrochado también su fino chaleco de seda. Una gruesa cadena de oro cruzaba ese chaleco de parte a parte. El hombre era moreno, usaba un bigote fino y no se le veía más que un revólver.

—Creo que la elección ya está decidida, Sheridan —opinó Barklay, dirigiéndose a él.

El llamado Sheridan miró a los que contaban los votos. Eran los tahúres profesionales y los *croupiers* del saloon, quienes habían sido elegidos para aquella misión porque eran los que en la ciudad tenían los dedos más ágiles y rápidos. Antes habían prestado juramento de contar honradamente. A más de uno se le debían haber caído los dientes al jurar, porque no había hecho nada honrado en su vida. Pero como cualquier ciudadano de Tucson podía recontar los votos por sí mismo, era de suponer que por esta vez los tahúres cumplirían su misión honestamente, sin trampas.

Sheridan se pasó la lengua por los labios. Los tenía secos. Se sirvió él también una copa de ginebra y la apuró lentamente.

—Considero que ésta es la mejor solución que la ciudad podía adoptar —dijo en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos—. Yo puedo imponer el orden aquí, mientras que todos sabemos hasta qué punto ha sido ridículo e inútil el Comité de Vigilancia que veló hasta ahora por la seguridad de los ciudadanos de Tucson.

Su mirada fue inequívocamente hacia los tres hombres que estaban en el grupo aparte. Hubo en éstos un movimiento general de ira, un movimiento casi agresivo, como si fuesen a sacar sus armas.

—Calma —exhortó Sheridan—. ¿O no vais a permitir que sea la ciudad la que decida este asunto?

—La ciudad —masculló uno de los hombres, con sorna.

—Uno de vuestros defectos y tenéis muchos, es que no sabéis perder, James.

—Nadie ha perdido ni ganado nada hasta que se cuente el último voto.

—Pues me parece que la espera no va a ser larga.

En efecto, los *croupiers* terminaban en este momento su recuento. Las papeletas quedaban divididas en dos pilas, una mucho mayor que la otra. La victoria electoral, fuese del que fuese, había resultado clara.

El más viejo de los que contaban se adelantó.

—¡Atención! —gritó—. Constituidos como notarios públicos para este acto, en nombre de la ciudad de Tucson, hacemos saber a los habitantes de ésta que se ha procedido al recuento total de los votos. El resultado, que ya no ofrece ninguna duda, es: Comité de Vigilancia, 500 votos. *Sheriff* Michael Sheridan, 1800 votos. La ciudad, pues, ha manifestado su opinión. ¡Michael Sheridan queda elegido *sheriff* de la ciudad de Tucson por un período de dos años, en sustitución del antiguo Comité de Vigilancia!

Todos los hombres del grupo más numeroso prorrumpieron en una ovación. Sheridan se levantó solemnemente, se puso la levita con movimientos calmosos, y ajustándose su revólver, pidió al que acababa de hablar:

—Hay un balcón en el primer piso. ¿Tendría usted inconveniente en dar esta misma noticia desde allí para que la conozca en seguida toda la ciudad de Tucson?

—Claro que no, *sheriff*. Inmediatamente lo hago.

Se dirigió a las escaleras que conducían al piso superior. En ese momento, los tres hombres que habían constituido el antiguo Comité de Vigilancia se pusieron también en pie. Sus facciones eran agresivas, hoscas.

—¿Va usted a dar estado oficial a la cuestión, Sheridan?

—Naturalmente que sí. Estoy en mi derecho.

—No nos gusta el modo como se ha desarrollado la elección. Nosotros también estamos en el derecho de decir eso.

Las facciones de Sheridan se endurecieron. Sus ojos adquirieron un brillo frío, metálico. Fue en ese momento cuando los presentes se dieron cuenta de que la ciudad tenía un *sheriff* decidido a todo.

—Están rabiosos los tres porque ha terminado el poder que ejercían sobre la ciudad de Tucson —dijo—. Resulta duro y amargo tener que abandonar el mando, ¿no es así? Pero yo estoy decidido a que no surjan dificultades de ninguna clase, ahora que soy responsable del orden. Por tanto, queridos amigos, les doy una hora para que abandonen la ciudad. No me pongan dificultades. Si antes de una hora cualquiera de ustedes se encuentra aquí, lo hago colgar, ¿entendido?

—*Sheriff*, ¡usted no tiene derecho…!

—Vaya, veo que he conseguido algo. Ya me llaman *sheriff*. Pues,

bien. Tengo derecho a hacer en Tucson y su condado todo lo que yo crea necesario para la tranquilidad de sus habitantes. De modo que lárguense de aquí. ¡Lárguense o dentro de una hora sus despojos colgarán de tres árboles!

Sus últimas palabras fueron un auténtico aullido. Los tres hombres casi temblaron, sobresaltados. Se miraron entre sí, se mordieron los labios y salieron rápidamente del saloon.

Sheridan, sonriente, subió al piso superior, donde desde el balcón, el croupier ya había anunciado el resultado de las elecciones. Una auténtica muchedumbre vociferaba abajo. Sheridan salió al balcón, impuso silencio con dos enérgicos movimientos de sus brazos, y cuando lo hubo conseguido, empezó a hablar:

—¡Ciudadanos de Tucson! Todos conocéis ya el resultado oficial de las elecciones que acaban de celebrarse. Ese resultado no es más que la síntesis de vuestros deseos, de vuestras aspiraciones más legítimas. Queríais un *sheriff* que protegiera vuestros intereses y aquí estoy yo, Michael Sheridan, dispuesto a dar mi vida, si fuera necesario, por defender la vuestra.

Una ensordecedora ovación cortó sus palabras. Sheridan volvió a imponer silencio moviendo de arriba abajo sus brazos de gigante. Su mirada recorrió con satisfacción los rostros de los que le aclamaban desde abajo. Le gustaba sentirse así, más alto que los demás, y por otra parte, se había acostumbrado ya a eso. En ese momento tenía motivos para pensar que iniciaba una brillante carrera, y que ya siempre estaría por encima de sus conciudadanos. Y mientras su mirada vagaba por encima de la multitud de cabezas, sus ojos se detuvieron en el rostro de una mujer.

Ésta tendría alrededor de los veintitrés años. Era rubia, alta y estaba espléndidamente formada. Vestía un traje blanco algo ceñido y que parecía hecho a propósito para realzar sus desafiantes curvas. Se encontraba algo apartada de los demás mirándole a él, Michael Sheridan.

El nuevo *sheriff* sonrió ligeramente.

Los ojos de la mujer llameaban de gozo. Sus manos estaban unidas en un gesto de frenético entusiasmo. Sus labios, entreabiertos en una sonrisa pletórica de dicha, embriagada de felicidad.

Michael Sheridan hubiese estado mirando a aquella mujer

durante mucho rato, y aquella mujer, sin duda, le hubiese estado mirando a él. Pero no se hallaban solos. Había por medio aquella multitud vociferante.

—Hasta ahora —prosiguió el nuevo *sheriff* con voz alta y clara— la seguridad de vuestras posesiones y de vuestras vidas ha estado en manos de un Comité de Vigilancia formado por tres miembros. No voy a discutir la legitimidad que en un momento dado tuvo ese comité. Parecía no existir en Tucson, esta hermosa pero diabólica ciudad, un hombre lo bastante hábil y valiente para llevar la estrella. En consecuencia, elegisteis un comité de tres miembros que os ha protegido durante dos años. ¡Pero qué protección! El número de pistoleros y de indeseables se ha centuplicado, los asesinos son cosa corriente, los robos algo con lo que todo el mundo ya cuenta, como si fuesen lo más natural del mundo. Había que acabar con todo eso y vosotros, ciudadanos de Tucson, habéis sabido hacerlo. Pedisteis que se sustituyera el comité por un solo *sheriff* responsable. Naturalmente, el comité se opuso y hubo que ir a las elecciones, pero en éstas han triunfado la razón y la justicia. ¡A partir de este momento tenéis un *sheriff* dispuesto a luchar por vosotros! ¡En nombre de la ley os doy las gracias, ciudadanos de Tucson!

Sheridan levantó los brazos, saludando, mientras una ovación más larga que las otras atronaba la calle. La mujer, abajo, estaba a punto de llorar de alegría, de emoción, de gozo. Sus ojos brillaban como dos piedras preciosas azules.

Sheridan se retiró del balcón, descendiendo de nuevo a la planta baja. El grupo que había ante el saloon comenzó a dispersarse. Y entonces algunos hombres empezaron a pensar que sería necesario retirar aquellos muertos.

Algunas manos caritativas los levantaron para llevarlos a las afueras de la población, donde se les daría sepultura.

Los hombres que antes rodearon a Sheridan habían preparado, entretanto, unas cuantas copas y varias botellas de champaña. Se descorcharon éstas y se brindó por la prosperidad de Tucson y en particular por la de su nuevo *sheriff* Michael Sheridan. Luego éste, que había apurado tres copas casi seguidas, anunció:

—Tengo que marcharme, muchachos.

—¿Tan pronto?

—¿Así empiezas a cumplir tus obligaciones de *sheriff*?

—El corazón también tiene sus deberes, y esta noche voy a darles absoluta preferencia. Buenas noches a todos. Es posible que haya grandes novedades mañana.

Iba a salir cuando Barklay le tendió una caja.

—No te vayas sin esto. Es lo más importante. La estrella de plata que todos te hemos regalado por suscripción.

—Cierto. Me olvidaba ya. Y eso sí que no tiene disculpa, Abrió la caja, que en realidad era un estuche forrado interiormente de terciopelo, y vio una estrella de plata en cuya parte posterior había grabado un nombre «Tucson» y una fecha «1872».

—Gracias, amigos. No os arrepentiréis de habérmela regalado. Ved cómo me la prendo en el pecho, encima del corazón. Y ahora definitivamente, buenas noches.

Salió de allí, atravesando la calle donde ahora no había más que algunos pocos curiosos. Los cadáveres habían sido retirados ya en su totalidad, y ahora se respiraba un ambiente más tranquilo. Sheridan se dirigió en línea recta a una gran casa pintada de blanco, enclavada a unos cien metros del saloon.

Iba a llamar a la puerta cuando ésta se abrió. Evidentemente le habían estado esperando. Y la mujer que le franqueó la entrada era la misma que poco antes escuchara sus palabras con los ojos iluminados por una inenarrable alegría.

—¡Michel! —exclamó ella.

—¡Lena!

Unidos, se miraron a los ojos.

—Esta noche déjame que te vea, que piense en tu triunfo. ¡Todo ha sido tan arrebatador, tan maravilloso!

—¿Causó buena impresión el discurso a la gente de la ciudad?

—Fue maravilloso, Michel, Breve, enérgico y contundente, como debe ser el discurso de un hombre acostumbrado a mandar. Así me gusta que seas, Michel. Sé que voy a ser a tu lado la más feliz y envidiada de las mujeres.

—Por lo menos la más envidiada es posible que lo seas. Vas a convertirte en la primera dama de la ciudad, y muy pronto seguramente en la primera dama de Arizona.

Hubo un brillo de alarma en los ojos de la mujer.

—Michael, ¿pero piensas llegar aún más lejos?

—No he de negarte que tengo ambiciones políticas, muchacha. El haberme convertido en *sheriff* de Tucson no es más que un paso, un miserable e insignificante paso. Pero de aquí a presentarme en las próximas elecciones para gobernador del Estado hay poco trecho que recorrer. Sé que puedo conseguirlo. ¡Y lo conseguiré!

Lena se abrazó a él, buscando refugio en su pecho.

—Michael, yo no quiero nada de eso. Estoy contenta teniéndote a ti, sabiendo que nada puede separarnos. La vida política es difícil, dura y amarga. Hoy se trataba de unas elecciones que pudiéramos llamar pequeñas, y había casi una docena de muertos en la calle. Yo los he visto. Sus ojos vidriosos han quedado para siempre grabados en mi memoria.

Michael Sheridan replicó casi con las mismas palabras que había oído poco antes:

—No se puede evitar que haya peleas, alguna puñalada, algún tiro al azar…

—No me convences, Michael. No son tiros al azar. Yo he visto esos cadáveres y sé que pertenecían a ciudadanos honrados. Ya conozco de sobra lo que son las luchas políticas y sé que éstas suelen causar víctimas, muchas veces sin culpa de nadie. Pero por eso mismo y a pesar de la alegría que siento, no quiero que en tu camino haya más noches como ésta.

Michael la apartó con un poco de brusquedad.

—No seas chiquilla.

—Casémonos, Michel. Es lo único que te pido. Teniéndote a ti, ya no aspiro a nada más.

—Nos casaremos mañana mismo, muchacha.

—¡Oh, Michel!

Se besaron otra vez. Ahora ya tenían cerrada la puerta. Ya nadie les veía. Pero por eso mismo se sorprendieron de una forma brutal al oír otro carraspeo a su espalda.

Los dos miraron hacia la puerta, tras sentir una corriente de aire frío. Y entonces vieron qué alguien la había abierto.

«Alguien». Cinco hombres.

Michael Sheridan palideció.

Lena, sin sangre en los labios, logró preguntar:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué… qué quieren?

El que parecía el jefe sonrió, contestando:

—Sólo una cosa muy sencilla, nena: matar al *sheriff*.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE DE LOS OJOS GRISES

La frase, dicha así, resultaba demasiado brutal para ser creída. Por un momento, Lena tuvo incluso la sensación un poco inconcreta de que todo aquello era una miserable broma.

Pero, fijándose bien, no tenía aspecto de serlo. Lena no conocía a aquellos hombres. No había, por tanto, motivo para que quisieran burlarse de ellos. El modo como llevaban los revólveres indicaba que eran pistoleros profesionales. Y, por fin, la expresión que había en sus ojos reflejaba un ansia desesperada de matar.

—Apártate, nena. La cosa no va contigo.

Lena los miró, uno a uno, en aquel instante de supremo horror. Estaba tan angustiada que no podía hablar, y casi ni respirar siquiera. Pero, sin embargo, sus ojos lo veían todo con una claridad mágica, y cada detalle quedaba impreso en su memoria igual que en una fantasmal fotografía. Los hombres eran cinco, todos morenos menos uno que tenía el cabello color trigo. Todos tenían los ojos negros menos este último, que los tenía grises. Así como los cuatro primeros ofrecían cierto aspecto de mexicanos, el rubio parecía proceder de mucho más al norte. Pero en cuanto a ropas y armas, casi no había diferencia entre ellos.

Le bastó apenas medio minuto a Lena para darse cuenta de todo esto.

¿Qué hacía entretanto el nuevo *sheriff*?

El nuevo *sheriff* estaba paralizado.

Daba la sensación de que no creía en lo que veían sus ojos. Y tenía exactamente el mismo rostro que si estuviera viviendo una

pesadilla.

—¡No puede ser! —balbució al fin—. ¡Tú, Derringer, fuiste ahorcado en Nuevo México!

Fue entonces cuando Lena se dio cuenta de que todo aquello era una trágica verdad.

—Ya ves que la soga no ha podido conmigo —dijo Derringer, el más moreno de todos—, aunque pudo con mis compañeros. Y ahora estoy aquí para ajustar cuentas, Sheridan. Voy a ser muy breve, y, por tanto, no discutiremos mucho. ¡Quiero tu cochina cabeza!

Lena sufrió algo así como un espasmo. Se aferró a su prometido.

—¡No podéis matarle! ¡No podéis hacer nada contra él! ¡Cuadrilla de miserables!

—Más vale que se aparte, señorita —indicó el rubio de los ojos grises.

Era más joven que los otros, más alto y más fuerte. Pero Lena le envolvió en una mirada de infinito desprecio.

—Tendrán que matarme a mí también.

—Apártela usted, Sheridan —aconsejó el mismo—. Será mejor.

Pero Sheridan no la apartó.

—¡Cerdos! —barbotó.

Fue a sacar, pero los cinco hombres ya le apuntaban. Se dio cuenta de que estaba perdido, de que sería inútil intentar nada. Pero entonces, inesperadamente, el de los ojos grises susurró:

—No podemos matarle así. Hay que dejarle que se defienda.

Derringer abrió unos ojos como platos.

—¿Quién? ¿Ése?

—Tiene derecho a que se le deje empuñar un revólver.

—¡Un tipo como Sheridan no tiene derecho a nada!

Lena, aprovechando la momentánea distracción de los intrusos, intentó llegar hasta la ventana más próxima para pedir socorro, pero uno de ellos se lo impidió de un manotazo. La muchacha cayó a tierra.

—¡Miserables!

—Basta ya —silbó el de los ojos grises—. ¡Defiéndete, Sheridan!

Sheridan retrocedió dos pasos, con los brazos arqueados sobre las caderas. Los intrusos se apartaron, dejando solo en el centro al hombre rubio de los ojos grises.

—¡No puede! —chilló Lena, aferrándose a una idea fija—. ¡No

puede!

—¡Vamos! —gritó el gigante—. ¡Saque!

Sheridan se dobló, lanzando un alarido. Su mano derecha voló hacia su único revólver. El de los ojos grises empleó también únicamente un arma. Ésta salió a la luz con la rapidez de una cola de serpiente.

Sonó un solo disparo.

El de los ojos grises había tirado primero, con una habilidad diabólica. Su bala perforó la estrella de plata que acababan de regalar al *sheriff*. Y perforó también su corazón.

Sheridan cayó poco a poco al suelo, con las facciones contraídas, igual que una torre que se derrumba.

Se hizo entonces en la casa un espantoso silencio. El tictac de un viejo reloj de pared que había al fondo de la sala llegó a hacerse ensordecedor. Luego escucharon todos, la agitada respiración de Lena. La mujer tenía los labios apretados, rígidos, y no derramaba una sola lágrima. Fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que había en ella un desusado valor. De que no era una mujer corriente.

—Váyanse —dijo tan sólo.

Por un momento todos quedaron atónitos ante aquella sola palabra. Parecía lógico que la mujer les insultara, que se echara a llorar, que se arrojara sobre ellos como una leona herida. En lugar de esto les decía solamente: «Váyanse». Y era como si les dijese: «Volveremos a encontrarnos. Yo sé cómo tratar a los perros».

El primero en reaccionar fue el que estaba a la izquierda de Derringer. Era un tipo de unos treinta años, alto y fuerte como un coloso.

—Tú vas a venir con nosotros, preciosa. Eres demasiado bonita para que te dejemos aquí, muriéndote de asco.

Se adelantó hacia ella, sujetándola por la muñeca. De un tirón la obligó a levantarse.

—Tienes unos labios maravillosos, nena.

Charlie giró en redondo, apretando los dientes.

—Oye, ¿sabes que te estás poniendo ya demasiado guapo?

—Y lo que me pondré si no dejas en paz las manitas.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Pues, toma!

Sacó, haciendo un quiebro de cintura y moviendo la derecha con

velocidad centelleante. Sus mandíbulas se cerraron con raro chasquido. Loman se ladeó, contorsionándose con la agilidad de un equilibrista. Su revólver saltó al aire. Y antes de que Charlie pudiera apretar el gatillo, él ya le había incrustado una bala entre los ojos.

No se entretuvo en verle caer. Dio media vuelta, cambiando el revólver de mano con una agilidad pasmosa, y tiró contra el arma que Derringer ya estaba empuñando. Ésta salió destrozada, sin qué su dueño sufriera una rozadura.

Varias veces cambió Loman el revólver de mano. Sus movimientos eran tan rápidos que apenas si se veía el arma volar por los aires. Y siempre la empuñaba con el índice en el gatillo, a punto para disparar. Los ojos de los que le contemplaban se habían vuelto blancos de asombro.

—¿Más? —Silbó.

A Derringer le costaba abrir la boca.

—No —rezongó, al fin—. Basta. No quiero peleas entre mis hombres. Vámonos de aquí.

Los cuatro hombres salieron. Ninguno de ellos dirigió una sola mirada a la mujer, y menos a los dos muertos.

Lena quedó sola. Y cuando la puerta dio un golpetazo frente a ella, sus ojos se cerraron y sus labios empezaron a temblar.

CAPÍTULO III

LA MUJER DE LA ESTRELLA PERFORADA

El edificio estaba a poca distancia de Tucson. Unas cinco millas solamente.

A pesar de estar abierto día y noche, no se facilitaba allí alojamiento a nadie, porque los jinetes que seguían la ruta preferían ir a descansar a Tucson, un poco más allá. Lo único que se vendía en aquel establecimiento destartalado eran bebidas para las gargantas de los que no podían soportar ya más el polvo del camino.

Normalmente, además, aquello era un refugio para los bandoleros de la peor calaña.

Era raro que el *sheriff*, o uno de sus comisarios, se acercasen por allí y prácticamente en aquella zona no había el menor vestigio de ley. Mientras los tipos que merodeaban por aquel establecimiento no se acercasen a Tucson, la ley podía darse por muy contenta.

Aquel anochecer había sólo tres hombres apoyados en la barra, cosa extraña porque aquélla solía ser la hora de mayor animación. Quizá se explicase, de todos modos, porque había llovido poco antes y los caminos estaban encharcados.

Dos de esos hombres iban juntos. El otro estaba solo, al parecer sin prestar atención a nada.

Era un tipo algo extraño. Joven, muy taciturno, con unos ojos grises de tonalidad muy clara y unos cabellos de hermoso color trigo.

Uno de los dos que iban juntos le señaló disimuladamente.

—Hay que tener cuidado con este tipo. Juraría que pertenece a

la banda de Derringer.

—¿Y qué? ¿Crees que la banda de Derringer me da miedo a mí?

—Hace un tiempo te hubieras reído de ellos, porque tú tenías tus propios pistoleros. Pero ahora estamos tú y yo solos, Joe, y no nos conviene buscarnos líos. Sobre todo evitemos provocar a ese hombre.

—Basta que tú lo digas para que me entren ganas de armar camorra.

—No nos conviene —insistió—. De sobra conoces mi lema, que ha dado tan buenos resultados hasta ahora: «No dispares de frente la bala que puedas disparar por la espalda». Pero, en fin, hay que reconocer que ese tipo no tiene aspecto de ir a provocar a nadie. Está más taciturno que si no hubiese comido en una semana entera. ¿Qué planes tienes para esta noche?

—Podríamos ir a divertirnos a Tucson.

—¿Tucson? No hay allí nada que yo desconozca. La ciudad ya empieza a resultarme aburrida.

—Es que ahora hay una novedad.

—No es posible. ¿Cuál?

—Una mujer *sheriff*.

La frase fue dicha en voz relativamente alta. El hombre rubio que estaba a unos pasos de ellos, ante una copa de *brandy*, movió apenas la cabeza, pero sus ojos brillaron extrañamente.

—¿Qué dices? ¿Una mujer *sheriff*?

—No hablo en broma.

—Pero eso debe ser una especie de carnaval, una comedia para hacer reír a la gente.

—Los tres hombres a quienes ha matado ya esa mujer me temo que no se reirán demasiado.

—¿Tres hombres? Pero ¿qué dices, borracho?

—Nunca estuve tan sereno. Tres tipos y uno de ellos perteneciente a la banda de Derringer.

El que estaba oyendo todo aquello necesitó apurar toda su copa de *brandy*.

—¿Desde cuándo ocurre eso?

—Desde hace apenas una semana. Es una historia muy curiosa y al mismo tiempo muy trágica. ¿Conocías a Sheridan?

—Sí. La última vez que pasé por Tucson estaba haciendo una

gran campaña para que lo eligiesen *sheriff*. Era un hombre muy hábil, y, además, muy poderoso.

—La mujer de que te hablo era su prometida. Iban a casarse al día siguiente de ser él, elegido *sheriff*. Pero esa misma noche, cuando él no había hecho más que colgarse la estrella, vinieron unos individuos y lo balearon. Aún no se sabe por qué.

—Bonita hazaña. No debía ser un cualquiera el hombre que acabó con Sheridan. Y ella, ¿qué hizo?

—Algo muy sencillo y al propio tiempo muy inesperado. Se colgó la estrella, perforada aún por el balazo que había dado muerte a su prometido, y se convirtió en el *sheriff* de una ciudad como Tucson. Dijo que después de ser asesinado Sheridan, ella le sustituiría. Que ajustaría cuentas a los hombres que lo mataron. Y que si alguien no estaba conforme con todo esto, que lo dijese con las armas en la mano.

—Valiente mujer. Pero debió tener un fracaso.

—No lo creas. Hubo un tipo que se puso chulo con ella. Y ella le desafió a un duelo abierto y le clavó una bala entre los ojos. Desde entonces nadie más chistó. Sobre todo cuando al día siguiente apareció uno de los hombres de Derringer por allí y ella lo envió al infierno de un balazo en el corazón. Por añadidura, aún hubo otro que se hizo el guapo ante la mujer, y ésta no tuvo inconveniente en despacharlo de un disparo a la cabeza. Desde entonces nadie ha levantado la voz.

Hubo un instante de silencio entre ambos hombres. Éstos miraban al vacío, con la mirada perdida. Las sombras comenzaban a adueñarse del saloon, en el que aún no se había encendido la luz de petróleo. Era esa hora monótona y triste del anochecer. La penumbra les impidió ver cómo brillaban los ojos del joven rubio que tenían a su izquierda, y que eran ahora como los de un tigre.

—Como novedad no está mal —dijo al fin el compañero de Joe —. Pero ¿crees que eso será motivo de diversión para nosotros en Tucson?

—Sí, porque he hecho una apuesta. —¿Cuál?

—Una de las más agradables y espectaculares de toda mi vida. He apostado con Donovan que yo desarmaré a esa mujer, que me burlaré de ella y que la besaré.

El otro se frotó las manos, satisfecho.

—¿Sabes que eso empieza a gustarme? ¿Y después de que tú la beses, no quedará nada para los amigos?

—Celebraremos una orgía con los tres mil dólares que yo le ganaré a Donovan. Naturalmente él estará allí esta noche para asegurarse de que cumplo. Pero aunque no hubiera de ganar nada, creo que yo besaría a esa mujer. Me han dicho que no hay otra como ella en Arizona. Que es lo más hermoso y arrebatador que han visto los ojos de un hombre.

El otro seguía frotándose las manos.

—Bueno, ¿y qué hacemos que no estamos ya en Tucson?

—No hay que llegar demasiado pronto. Me conviene verla en el Tres Estrellas, adonde suele acercarse cada noche, cuando está completamente lleno. Comprenderás que una cosa así no hay que hacerla sólo ante un par de espectadores. Además, quiero que todo el mundo me envidie, que todo el mundo sepa que no hay demasiados hombres como yo.

Sirvió una copa a su amigo y luego otra para él. Brindó.

—Por el éxito.

—¡Y porque esa mujer nos haga reír un rato! ¡Ja, ja, ja, ja!

Lanzaron los dos una estentórea carcajada, y tras abonar la botella que se habían bebido entera, salieron del rudimentario saloon. Al cruzar los batientes dirigieron una recelosa mirada al de los cabellos rubios, pero éste estaba tan quieto como si se hubiese convertido en una momia.

—Vamos allá.

Montaron en sus corceles y emprendieron el trote largo hacia Tucson, que estaba tras unas colinas lejanas.

Transcurrieron unos cinco minutos. Y entonces Loman, el hombre de los cabellos rubios y los ojos grises, cobró súbito movimiento.

Depositó sobre la barra él importe de lo que había bebido y salió también.

Su caballo estaba atado frente a la puerta, y caracoleaba impaciente.

Loman montó de un salto y fue también al trote largo hacia la ciudad. El sendero estaba encharcado y las patas de su caballo se hundían a veces en el fango. El cielo aparecía encapotado aún, como si amenazase nuevamente lluvia.

A juzgar por su expresión impasible, nadie hubiera podido decir que había una sola emoción en el ánimo de aquel hombre.

Su rostro parecía una máscara.

Pasó entre dos colinas y al fin vio a lo lejos las luces de la ciudad de Tucson.

No había estado allí desde que ocurrió lo de Sheridan. Desde que sintió desafiantes, clavados en los suyos, los ojos de aquella mujer.

Y ahora volvía a causa de aquellos ojos.

Sus revólveres se balanceaban a cada movimiento del caballo. A un trote suave, espaciado, Loman entró en Tucson. Las calles estaban ya muy animadas a aquella hora. Había cerrado la noche. Y el centro de aquella animación parecía estar en las cercanías del saloon Tres Estrellas.

La fachada de éste centelleaba de luces. Grandes carteles con provocativos dibujos anunciaban a las bailarinas. Uno de ellos decía en grandes letras: «Celia West, la bailarina de los cabellos de oro». Y debajo, algún bromista había escrito: «Mentira, es calva».

Bruce Loman descendió calmosamente de su potro, al que ató ante la puerta del saloon, y penetró en éste. El Tres Estrellas tenía un aspecto muy diferente al que presentó la noche de las elecciones. Ahora estaba abarrotado de mesas y de gente. Estaba abarrotado de armas. Abarrotado de chicas que se movían entre los clientes.

Al fondo, en el escenario, seis mujeres se movían al compás de una música pegadiza. Eran el Arizona *Ballet*. Casi cada semana tenía que ser sustituida alguna de ellas porque se casaba o era raptada. Sobre todo raptada. Y a esto se le llamaba en el Oeste tener un gran éxito.

Bruce Loman penetró con caminar indolente, que recordaba al de los vaqueros tejanos, y se acomodó en la barra.

Vio que no le reconocía nadie allí. Mejor.

—¿Qué va a beber, forastero?

—Ginebra. Una botella.

Mientras se la colocaban delante, examinó poco a poco el local. No tardó en distinguir a Joe y su compañero, que estaban sentados ante una mesa cerca de la entrada. Fácilmente se advertía, por la cantidad de gente que estaba pendiente de ellos, que eran el centro de la atención general. Sin duda la noticia de la apuesta había cundido ya hasta el último rincón de Tucson.

Transcurrieron así unos veinte minutos, mientras se sucedían diversas atracciones en el escenario. Y de repente, entró ella.

Ella.

Bruce, que tenía un vaso en la mano, lo dejó lentamente sobre la barra. Sus ojos grises se entrecerraron, mientras sus dedos temblaban ligeramente. Y es que nunca había visto una mujer así.

La sensación que tuvo la primera vez, cuando mató a Sheridan en la casa pintada de blanco, se centuplicó ahora, se hizo más firme y penetrante, hasta convertirse en casi angustiosa. Porque ver una mujer así y pensar que estaba tan lejana de él como la luna o las estrellas, era un dolor.

Lena vestía ropas de hombre. No importaba. O quizá era peor aún, porque se ceñían endiabladamente a sus formas. El color de esas ropas era negro. Dos revólveres plateados colgaban de su cinto, y sobre su pecho, a la altura del corazón, brillaba una estrella de plata, perforada por una bala en el mismo centro.

Bruce la miró, mientras se acercaba. Un silencio absoluto se había hecho en el saloon. Hasta había cesado la música. «Si me reconoce, el ruido volverá a empezar», pensó Loman.

Pero ella parecía bien ajena a su presencia. Su mirada vagaba indiferente, con una especie de fatalismo, por encima de las mesas. Sus límpidos ojos azules parecían ahora empañados por el paso de una nube negra.

De repente, Joe se puso en pie y avanzó hacia ella. Lena no le prestó la menor atención. Pero cuando el hombre tropezó, estando a punto de derribarla, le dirigió una mirada desafiante.

—¿Está borracho ya? ¿A esta hora?

—Me he emborrachado al verte, nena.

—Pues otro día páguese una botella de *whisky*. Le sentará mejor.

Iba a continuar andando, pero Joe se interpuso. Una de sus manos se cerró en torno al mórbido brazo de la mujer.

—Tú eres mi botella, guapa.

Se oyeron algunas risas apagadas. Lena no se inmutó.

—Le doy un minuto para que salga de aquí o se tumbe debajo de cualquier mesa. De lo contrario, le clavaré una bala entre los ojos. Sé hacerlo bien, compañero.

—Y yo sé besar mejor, amada.

Lena se estremeció. Y en ese momento el amigo de Joe se acercó

también parsimoniosamente.

—¡Vamos! ¡Pásamela!

Las carcajadas se hicieron brutales cuando el amigo de Joe sujetó a Lena las manos por detrás, a fin de que no pudiera sacar sus revólveres, mientras Joe le desabrochaba con manos hábiles su cinturón canana. Un segundo después, Lena había quedado tan desarmada como un pajarillo.

—Muy bien hecho, Burns. Y a ti, nena, ¿aún te parecemos tan borrachos ahora?

Temblaban los labios de la mujer. Pero no era de miedo, sino de rabia.

—Día llegará en que os mataré a los dos. Es como si ya estuvieseis condenados a muerte.

—¡Pero qué muerte más buena la que nos vas a dar, guapa!

Iba a besarla, a pesar de los esfuerzos desesperados de la mujer, y la tenía ya ceñida entre sus brazos, cuando una voz calmosa y lenta, una voz vacía de toda emoción, dijo:

—Este espectáculo ya empieza a resultar aburrido, valientes.

Los dos hombres se volvieron a la vez, aunque sin soltar a Lena. Reconocieron al instante al hombre que vieran ya en el caserón de la ruta. Y sus dientes entrechocaron de rabia.

—Nos has venido siguiendo, ¿no? ¿Es que te gusta morir?

—En el bolsillo tengo diez dólares, lo suficiente para pagar un entierro de primera para mí y dos de segunda para vosotros.

Lena era la única que no se había vuelto. No debía haber reconocido aún la voz. De espaldas, conminó:

—Márchese, forastero, sea quien sea. No necesito su ayuda, porque sé defenderme sola. Y no es lógico que por mi causa esos dos hombres le maten.

—¡Eso es hablar bien! —gritó Joe—. ¡Ya lo has oído! ¡Lárgate, perro!

—Un perro rabioso nunca se marcha sin morder —silbó Bruce Loman.

—Está bien. ¡Tú lo has querido!

Fue Joe el primero en sacar. Lo hizo con tal rapidez que los revólveres parecieron brotar de sus manos. Pero Loman, que había bajado un solo brazo, sin precipitarse, con ademán que parecía aburrido, disparó a través de la funda y le clavó una bala entre los

ojos.

Burns se arrojó al suelo, tratando de esquivar el próximo balazo, mientras sacaba también. Loman le dio ventaja. Soltó la culata y le dejó que se colocase en posición ideal para el tiro. Y entonces su brazo derecho volvió a bajar. Sus labios estaban rectos, quietos, como una línea que un puñal hubiera trazado en su rostro. Se movieron un poco cuando las balas ladraron en su revólver. Cuando la muerte entró aullando por los ojos, por la boca, por el cuello de Burns.

Donovan, el que apostó, no dio señales de vida.

Un espantoso silencio se hizo en el saloon, al extinguirse el eco de los disparos de Loman. El olor a pólvora flotaba pesadamente sobre las cabezas de los hombres. Y de repente, Lena se volvió.

Al ver a Bruce Loman, todos sus músculos parecieron sufrir una sacudida.

Sus manos se crisparon en el aire. En sus labios hubo un rictus de desesperación y de odio.

—¡Asesino! —barbotó.

—Pero, señorita, ¿así llama al hombre que la ha salvado? —preguntó ingenuamente el dueño del saloon, sin comprender aún.

—¡Pues sí que es usted agradecida! —gritó otro.

Lena callaba. Sus ojos estaban posados en el rostro de Loman, aquel rostro que no dejaba traslucir ninguna emoción, que parecía esculpido en bronce. Y Loman la miraba rectamente, sin vergüenza ni dolor, igual que si no hubiera entre los dos un secreto de sangre que los separase.

—¡Asesino! —Escupió la mujer otra vez.

Loman, que tenía aún el revólver derecho en la mano, lo dejó caer al interior de la funda. Se despegó de la barra y fue poco a poco hacia los batientes de la entrada, volviendo la espalda a la mujer. Ya nada más tenía que hacer allí. Nada tenía que decir.

Lena, con movimientos frenéticos, recogió sus cintos, que estaban en el suelo junto a ella, y se los ciñó con la habilidad de un pistolero profesional.

Cuando Loman estaba junto a la puerta, gritó:

—¡Vuélvete, cobarde!

Loman sintió en su espalda el hálito de la muerte. Sabía lo que iba a suceder. Sabía que ella estaba dispuesta a matar, aunque esto

fuese lo último que hiciera en su vida. Y sus movimientos parecieron los de un acróbata cuando dio media vuelta y empuñó sus armas.

Lena no llegó a disparar, a pesar de que ya tenía empuñados los revólveres. Pareció como si las balas surgieran de los mismos dedos de Bruce Loman. Esas balas le arrancaron los dos revólveres de las manos, sin rozarla siquiera, antes de que ella pudiese apretar el gatillo. Sólo sintió como una especie de soplo helado que enfrió sus muñecas.

Un verdadero alarido se elevó de entre los espectadores que llenaban el saloon. Un alarido de incredulidad, de asombro.

Lena miraba sus manos sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Celebro no haberle dejado ninguna marca —dijo Loman—. No crea que esos disparos salen bien todas las veces.

Dio media vuelta y salió del saloon, ahora definitivamente.

Lena, ciega de rabia, le siguió. Fue hacia los batientes a pesar de las voces excitadas que la advertían:

—¡Cuidado con ese hombre! ¡Te matará!

—¡Tira como un demonio!

—¡Y yo le he reconocido! ¡Es uno de los pistoleros de la banda de Derringer!

Lena se volvió como si le hubiese picado una víbora.

—¿Creéis que no lo sé, cobardes? ¿Acaso pensáis que ignoro la catadura de ese tipo? ¡Es un asesino profesional! ¡Pero yo os juro que libraré de él a Tucson esta misma noche!

Salió, sin armas, sin pensar en otra cosa que no fuera su odio. En la calle, la noche pareció envolverla, aplastarla.

Fue caminando hacia su derecha, porque sabía que por aquel lado estaba la salida de la ciudad más comúnmente empleada. Y no tuvo que andar mucho para encontrar al hombre que buscaba. Éste estaba sentado en un porche, unas yardas más allá, quitando tranquilamente a su caballo una espina que éste se había clavado en la pata.

Loman la vio también.

—¿Qué quiere? —inquirió con voz opaca—. ¿No ha habido ya bastante ruido por esta noche? Váyase a dormir.

Lena quedó como paralizada. Sus nervios se tensaron como cuerdas de arco. Quieta dentro de sus músculos, la sangre le hacía

daño.

—Pero ¿cómo puede ser tan miserable? ¿Cómo tiene el cinismo de decir una cosa así? ¡Usted, el que asesinó a mi prometido cuando faltaba menos de un día para casarnos!

Bruce Loman cerró un momento los ojos.

—Ignoraba que fuese su prometido. Pero aun de saberlo, eso no hubiera cambiado las cosas.

—Te habías propuesto asesinar, ¿no es cierto, perro? ¡Y si te hubieran pagado por hacerlo me habrías asesinado a mí, aunque me hubieses visto con un niño en los brazos!

—Contra ti no tenía nada.

—Pues vas a tener que matarme, ¿me entiendes? ¡Vas a tener que matarme o te mataré yo a ti! ¡Heredé el puesto de él, el de Sheridan, para poder exterminarte legalmente si te veía alguna vez por Tucson! ¡Y ahora ha llegado el momento, mucho antes de lo que pensaba! ¡Voy a pedir que te ahorquen!

Loman no se inmutó. Parecía absorto únicamente en la espina que había en la pata de su caballo.

—Ya has visto que eso no es fácil, hermana. Espera otra ocasión mejor.

—¿Crees que te tengo miedo porque llevas dos revólveres? ¿Crees que me causa impresión tu mirada de asesino, o que me hacen temblar tus garras? ¡No! ¡Yo no tengo miedo de la gente de tu calaña! ¡Y haré lo que tal vez Sheridan no hubiese podido hacer, que es colgarte del extremo de una buena cuerda!

Estaban en un lugar relativamente solitario, a pesar de su proximidad al saloon. Desde luego nadie se atrevía a acercarse por allí, por si a aquel desconocido le daba por empezar a vomitar plomo. Y eso producía la sensación de que los dos estaban alejados del mundo, solos en la infernal ciudad.

—Mira, ya no volveré a aparecer por aquí —advirtió Loman en voz baja—. Comprendo tus sentimientos y comprendo que es justo todo cuanto quieras decirme. Pero más valdrá que no pierdas el tiempo haciéndome reproches, porque ni tú ni yo podemos volver atrás. Sheridan está muerto, y lo que tú digas no cambiará las cosas. Pero te repito que todo esto no me alegra.

Aumentó el brillo de odio en los ojos de la mujer. Si en este momento ella hubiese tenido un revólver, un puñal, algo

destructivo, el hombre ya no estaría vivo.

—Lo único que lamento —silbó— es que a pesar de todo he de deberte algo. A pesar de todo he de reconocer que me has salvado dos veces de algo peor que la muerte. Y eso me duele en el corazón, me duele tanto como el infame asesinato de Sheridan.

—Entonces, olvídalo.

—Cuando te vea colgado de una soga, no me pidas que lo recuerde. ¡Y sé que eso sucederá! ¡Sé que muy pronto llegará el gran día!

Loman había terminado ya de arrancar la espina a su caballo. Le palmeó amistosamente el cuello y luego montó en él.

—Claro que llegará, ¿quién lo duda? Pero permíteme que te pida dos cosas, en atención a tan solemne acontecimiento.

—Si vas a pedir que te haga sufrir poco, tenlo por concedido. Me dará asco incluso verte morir. Será mejor que acabe pronto.

—¡Oh, no es por eso! ¿Qué más da un minuto o dos de sufrimiento? Lo que he de pedirte se refiere a… ti. Me gustaría que ese día te pusieras un vestido de mujer. Quedas mucho más…, ¿cómo diría yo? Mucho más completa.

Lena sonrió como una serpiente que se dispone a morder.

—Concedido.

—Y la segunda cosa que deseo pedirte es que dejes ya esa ridícula pantomima y cuelgues de cualquier clavo esa estrella agujereada. Las cosas se van a poner muy feas en Tucson dentro de poco. Y este oficio es demasiado peligroso para ti.

Espoleó a su caballo y salió tranquilamente al trote largo. Lena, ciega de odio, le increpó:

—¡Asesino! ¡Cobarde!

Pero él parecía no oírla. O al menos no le hizo el menor caso. Siguió tranquilamente su camino, sin volverse una sola vez. Y cuando los hombres que por fin habían salido del saloon rodearon a Lena Winter, ésta estaba llorando. De rabia, de odio, de desesperación tal vez, pero llorando como una mujer que se siente sola.

CAPÍTULO IV

HORDA DE CRIMINALES

El gobernador de Arizona estaba sentado ante la mesa, con un gran plano de la comarca extendido ante los ojos. Le rodeaban los *sheriffs* de los cinco condados más importantes, y entre éstos figuraba Lena Winter.

Lena seguía vistiendo de hombre, con ropas negras que se ceñían apretadamente a su cuerpo. Llevaba dos revólveres plateados y en sus ojos ardían dos llamitas de odio.

—Confieso, *miss* Winter —dijo el gobernador—, que me sorprende encontrar una mujer de su belleza y su calidad en estas especiales circunstancias. Por lo que me han contado, se diría que ha nacido usted para pistolero. Pero a pesar de todo, debe reconocer que no es nada lógico que una mujer desempeñe aquí el cargo de *sheriff*.

—La Junta de Vecinos no ha dicho nada en contra —arguyó Lena—, y creo que todo el mundo está conforme en que puedo guardar aquí la ley. Naturalmente, no aspiro a ocupar este cargo con carácter vitalicio, ni mucho menos. En cuanto haya terminado una misión que me he propuesto cumplir, presentaré mi renuncia.

—¿Y puede saberse cuál es esa misión, *miss* Winter?

—Me compete sólo a mí. Es cuanto puedo decirles.

El gobernador se acarició sus blancos cabellos con ademán fatigado.

—Bien, no es éste el momento de originar discusiones entre nosotros mismos. Usted se presenta como *sheriff* de Tucson, y yo no tengo nada que decir ante el hecho consumado. Más adelante,

veremos. Pero ahora vamos a considerarla como una de nosotros, *miss* Winter. Y entremos ya en el objeto de esta reunión.

Señaló el plano de la comarca y dijo:

—La banda de Derringer.

—Sabía que era por eso —manifestó uno de los *sheriffs*—. Usted no hubiese venido hasta aquí de no ser por un motivo muy importante.

—Bueno, no hay que dar tanta importancia a mi presencia aquí —dijo el gobernador—. Estamos en mi rancho de verano, al que suelo venir a descansar de vez en cuando. Precisamente he elegido este sitio porque mi viaje pueda así llamar menos la atención. Pero dejemos esto y hablemos ya de Derringer. Derringer es, efectivamente, el motivo de esta reunión.

Todos se inclinaron más sobre la mesa.

—¿Conoce alguna novedad?

—No, salvo que su banda crece en audacia y en hombres. Han asaltado ya diligencias incluso en las mismas rutas que protege la Caballería de Estados Unidos. Afortunadamente, sin víctimas por ahora, porque los viajeros sueltan sin rechistar hasta el oro de sus dientes en cuanto ven que se encuentran ante los pistoleros de Derringer. Pero cualquier día intervendrá la Caballería y habrá una verdadera matanza. Además, esa banda crece a cada momento. Ahora ya la forman más de quince hombres.

—Todos los forajidos de Arizona van a engrosarla —indicó el *sheriff* de Phoenix, que también se encontraba presente.

—Sí, y ése es nuestro gran problema. Cuando una banda crece tanto, se transforma ya en un verdadero ejército. Llegarían a asaltar ciudades enteras si se Lo propusiesen. Porque sé que este peligro es real, y no una fantasía, he firmado una ley autorizándoles a ustedes para tener hasta diez comisarios a sus órdenes. Los fondos necesarios para mantenerlos les serán facilitados con cargo al presupuesto gubernamental. He ensayado ya varios procedimientos para acabar con la banda de Derringer, pero éste es el que me parece más eficaz: Responder a una fuerza que crece con otra que crece todavía más.

Los cuatro presentes movieron la cabeza en sentido afirmativo.

—Diez comisarios infunden respeto, señor.

—Derringer no podrá moverse de las montañas.

—¡Hum! Me temo que esta falsa confianza sea más peligrosa que los revólveres de esos indeseables. No deberán arriesgar sus hombres en empresas vanas e inútiles, ni saldrán de la población bajo ningún concepto. Derringer podría tenderles una trampa. Especialmente delicada y compleja me parece la situación de la ciudad de Tucson.

—¿Por qué? —pidió Lena.

—Porque es la que está más cerca del campo de operaciones de esos abigeos.

Lena sonrió de una forma despectiva, casi violenta. Su rostro, de arrebatadora y femenina belleza, adquirió de repente la expresión que tendría el de un hombre decidido a todo. Sus labios parecieron secarse y formalizaron una línea despiadadamente recta.

—El problema que plantea la ciudad de Tucson será muy delicado, señor, pero por eso mismo quiero resolverlo sola.

—¿Está loca? ¿Qué dice?

—Digo, sencillamente, que no necesito ni a un solo comisario.

El gobernador se acarició con un gesto maquinal las guías de sus blancos bigotes.

—La considero a usted una mujer bellísima y dueña de una rara distinción. Pero no me parece que tenga usted una idea muy exacta de la realidad. Sus revólveres harán reír a los pistoleros de Derringer.

—Alguno de ellos está muerto ya. Y le aseguro que al recibir el plomo no se reía.

—Pero ¿sabe lo que se propone?

—Sé que puedo hacer frente a esos hombres. Tengo una cuenta personal con ellos. Sobre todo con uno. Y sé que no es necesario arriesgar la vida de otras personas cuando sólo con mis armas va a haber bastante.

—Está usted obcecada —arguyó el *sheriff* de Phoenix.

—Sé perfectamente el camino que debo seguir —afirmó Lena, con una rara energía—. Y sé también que viviré hasta que haya incrustado plomo caliente en el corazón de un hombre. Luego, ya no me importa morir. ¡Y para morir no necesito que diez comisarios me ayuden!

Hubo un silencio en la habitación, después de estas palabras. Por fin el gobernador se acarició otra vez, ahora con nerviosismo, las

guías de su bigote.

—No es prudente que nosotros discutamos ahora. Y menos en ese tono. La situación es lo bastante grave para obligarnos a actuar con perfecta compenetración. *Miss* Winter, no sólo impongo la presencia de diez comisarios en su condado, sino que privo de la facultad de elegirlos por sí misma. Será mejor que los seleccione yo entre los más expertos tiradores de que pueda disponer. Pero esos hombres tardarán aún unos diez o doce días en llegar a su condado. ¿Qué responde usted a esto?

—Que en diez días estará todo resuelto.

—¿Opina, entonces, que no harán falta?

—Exactamente.

El gobernador se puso en pie, y todos le imitaron.

—Procuraré que esos hombres estén en Tucson dentro de una semana. Y mientras tanto, no se arriesgue demasiado, *miss* Winter, o me veré obligado a privarla de la estrella antes de que se resuelva el expediente que mandé instruir acerca de los sucesos en que se vio usted envuelta.

Lena se mordió los labios.

—Pondré mi estrella a su disposición, señor, cuando haya matado a determinado hombre.

Dio media vuelta y salió de la habitación, tras hacer una inclinación de cabeza.

El gobernador se tiró del bigote con tanta fuerza que por poco se lo arranca.

—Lástima de mujer —rezongó al fin—. Podría servir para tantas cosas y ha elegido esa manera tan idiota de suicidarse…

* * *

A no mucha distancia de allí, en las cercanías de Tucson, existía una quebrada rocosa que ocultaba una antigua choza de cazadores, casi inaccesible, a la que nadie solía acercarse ya.

En esa choza habíase reunido una buena parte de la banda de Derringer. Diez hombres estaban allí, sentados en torno a una gran mesa, trazando planes. Pero esos planes eran muy distintos a los que habían trazado el gobernador y los *sheriffs*.

Derringer estaba señalando puntos en un plano de la ruta principal de diligencias.

—Hemos dado muy buenos golpes últimamente —afirmó—, pero es ahora cuando empezamos con los realmente importantes. Tucson y su comarca se están convirtiendo en zonas inmensamente ricas. Durante unos años, los que sean audaces tendrán la fortuna al alcance de sus manos. Y a nosotros audacia es lo que menos nos falta. Vamos a dar un golpe contra la diligencia que transporta fondos al Banco Federal.

—Demasiado peligroso, jefe —opuso uno de sus hombres—. Esas conducciones siempre viajan protegidas por la Caballería.

—En este caso no será así. Lo sé con toda certeza. Se teme ya tanto un encuentro con nosotros, y las mejores unidades de Caballería están tan ocupadas en las luchas con los indios, que el Banco Federal va a ensayar un nuevo sistema; Transportar sus fondos en una carreta cargada de paja.

Lanzó una risotada como comentario. Sus hombres le imitaron, excepto Loman. Derringer lo miró con el rabillo del ojo.

—¿Nunca te ríes tú, murciélago?

—Sólo los asnos se ríen cuando oyen hablar de la paja.

Uno de los pistoleros echó mano a la funda.

—Oye, tú, perro…

Derringer lanzó una maldición.

—¡Os necesito a todos! ¿Comprendido? ¡Si alguien más se pone chulo soy capaz de barrenarle la cabeza!

Se hizo el silencio otra vez. Derringer prosiguió:

—Naturalmente, esa carreta no irá completamente desguarnecida. Ocultos en ella habrá por lo menos tres hombres. Pero fundamentalmente, los del Banco Federal opinan que su éxito estará en no llamar la atención. Ha sabido todo esto por un confidente muy relacionado con el Banco. Pero por si se tratase de una encerrona, varios de vosotros os colocaréis en puntos estratégicos, y vigilaréis desde allí. He señalado ya las partes más esenciales de la ruta.

Indicó el plano.

—Tú, Pat, ocuparás este punto; tú, Jim, este otro; para Larsen, el tercero, y, por fin, Loman vigilará desde aquí.

Indicaba un punto que Loman conocía bien. Estaba situado entre cañones y riscos.

—Si observáis cualquier cosa anormal salid a la ruta y pasad por

ella como vulgares viajeros. Vuestra presencia allí será indicio de que no podemos dar el golpe.

—Pero… ¿Cómo? ¿El golpe es hoy?

—Siempre os explico las cosas con el tiempo justo. Así es mejor.

—No te fías de nosotros, ¿verdad? —preguntó Pat, mostrando sus ennegrecidos dientes.

—Sé que no puedo confiar ni un centavo a nadie. Y así viviré muchos años.

Plegó el plano, indicando que había terminado la explicación. Los cuatro hombres designados para la vigilancia, salieron en silencio de la choza y montaron en sus caballos, que estaban reunidos en un pequeño calvero.

Tras hacer juntos alrededor de medie milla, al llegar a un declive del terreno, se separaron.

Bruce Loman continuó solo.

* * *

Había galopado alrededor de media hora cuando, al pasar por delante de unos arbustos, alguien que estaba oculto entre ellos gritó:

—¡Quieto, forastero!

El caballo de Loman se encabritó. El joven no pudo detenerlo a tiempo. Y entonces la persona que estaba oculta entre la vegetación tiró fríamente a la cabeza del animal, matándolo en el acto. Loman cayó a tierra, lanzando la maldición más salvaje que había lanzado en su vida. Sus dos revólveres salieron a la luz. Pero ya era tarde.

Alguien había aparecido entre la vegetación, apuntándole con un rifle. Ese alguien era una mujer.

Pero no. No era Lena.

La mujer que ahora Loman tenía ante sus ojos era de una belleza muy distinta a la del extraño *sheriff* de Tucson. Ésta no era tan joven, pues debía rondar ya los veintiocho años. Pero resultaba más opulenta y, desde luego, más provocativa que Lena. Iba vestida con una blusa muy descotada, pantalones de montar muy ceñidos, y sus labios estaban pintados. Contempló a Loman, todavía en el suelo, envolviéndole en una mirada mitad de admiración mitad de asombro, pero que la acreditaba de mujer que no se asusta ante ningún hombre. Esto causó a Loman una brusca desazón. Y la rabia

que le producía ver muerto a su caballo, se centuplicó.

—¿Esto es todo lo que sabe hacer? —barbotó—. ¿Lanzar ladridos y matar caballos?

La mujer sonrió. Tenía una sonrisa espesa y un poco turbadora, pensó Loman.

—No me gustan las trampas. Estoy sola.

—¡Y yo ni siquiera te había visto, imbécil!

—Eso es lo que yo no sabía. Pero por si acaso estamos mucho mejor así. Suelta los revólveres.

Bruce Loman miró el negro cañón del rifle. Le estaba apuntando directamente a la cabeza, y la mujer lo empuñaba con seguridad. No sería nada prudente intentar fortuna en esas circunstancias. Extrajo los revólveres con dos dedos y los dejó caer al suelo.

—Ahora ya estoy en tus manos. ¿Qué piensas hacer? ¿Besarme?

—Nunca beso a los desconocidos…, aunque según y cómo dos personas pueden conocerse muy pronto.

Hubo un rictus de desdén en los labios de Bruce Loman.

—¿Cómo te llamas?

—Mona Stanley.

Los párpados del hombre temblaron un poco, pero ella no lo notó.

—¿Y qué haces aquí?

—Oye, guapo, soy yo quien pregunta.

—Está bien. Hazlo.

—¿Adónde vas tú?

—Ahora, a encontrarme con unos amigos en la ruta. Y luego, a Tucson.

—¡Qué casualidad! Yo voy al mismo sitio.

—¿Y qué pretendes allí?

La mujer distendió los labios.

—Averiguar las causas de la muerte de un hombre llamado Sheridan.

* * *

Poco a poco la mujer bajó el rifle, aunque sin olvidar por eso su actitud recelosa y vigilante.

—Perderás el tiempo en Tucson. Los hombres que lo mataron ya no están allí.

—Eso no importa. Pero quiero enterarme de algunos asuntos.

Bruce Loman hizo un amplio ademán con los brazos fingiendo que todo aquello no le importaba.

—Bien, ahora ya ves que no soy peligroso. Y te aseguro que tengo por hacer cosas más importantes que contemplar tu cara. ¿Puedo seguir mi camino?

Hubo una sonrisa burlona en los labios de la mujer.

—¿Cómo te llamas?

—Bruce Loman.

—Está bien; puedes marcharte, Bruce, pero nos veremos alguna otra vez. Yo, ¿sabes?, tengo muy buena memoria para los hombres que me gustan.

—¿También te gustaba Sheridan?

La mujer, en vez de contestar, le hizo una advertencia:

—Los revólveres se quedarán aquí.

—Está bien, angelito. Puede que te den hasta cincuenta centavos por ellos.

Dio un cuarto de vuelta y siguió por el camino que antes llevara. La mujer se le quedó mirando un rato, con el rifle a medio levantar. Luego lo bajó del todo, recogió los revólveres y se perdió en la espesura de donde poco antes había salido.

Bruce Loman se vio obligado, para ganar tiempo, a emplear una senda mucho menos oculta que la que pensaba seguir con su caballo. Aquélla serpenteaba entre peñascos, mientras que esta que ahora debía seguir ascendía por la falda de las colinas rocosas. Para cualquiera sería muy fácil verle.

De todos modos, Loman confiaba en que por allí no le vería nadie.

Pero se equivocó. Le vio otra mujer.

Y ésta sí que era Lena Winter. Estaba montada en su caballo, en lo más alto de una de aquellas colinas, cuando le vio caminar bajo sus pies. Se dirigía inequívocamente a una vieja choza abandonada que había sobre la ruta. Lena le reconoció al instante por su modo peculiar de caminar, ágil y elástico.

—¿Ocurre algo, *miss* Winter?

Lena se volvió, aunque sin precipitación, pues había reconocido aquella voz. Dos hombres armados con rifles se hallaban a su espalda. Eran miembros de la Junta de Vecinos de Tucson.

—No ocurre nada de particular. Simplemente, estaba mirando a ese hombre.

Los dos recién venidos se asomaron al peñasco.

—¿Qué pasa con él?

—No sé si ustedes lo reconocerán, pero yo sí que lo he reconocido. Y tengo un gran interés en hablarle. ¿Me ayudan a capturarlo?

—Ayudarla a usted es un placer, *miss* Winter. Al fin y al cabo, habíamos salido a cazar…

—Puedo asegurarles que no se arrepentirán de haber conseguido esa pieza. Vamos.

Los dos hombres y la mujer descendieron por un escarpado sendero, tratando de alcanzar el que seguía Loman. Éste parecía no haber advertido nada aún, pues caminaba confiadamente. Lena hizo una seña para que uno de los hombres le cortase la retirada.

—Nosotros le atacaremos de frente. Ciérrele usted el camino de regreso, Simpson. Pero sobre todo no le mate.

—Descuide, *miss* Winter. Sé emplear el lazo.

—Entonces, adelante.

Y el grupo se lanzó sobre Bruce Loman, que en este momento no tenía con qué defenderse.

El joven oyó las pisadas de los caballos y trató de ocultarse entre dos rocas. Pero era tarde, porque ya le habían visto. Los jinetes se dirigían inequívocamente hacia él, y, además, siguiendo un plan preciso.

Se llevó las manos a las fundas y lanzó una maldición. Seguramente no habría empleado tampoco los revólveres, porque acababa de reconocer a una mujer entre los que le interceptaban el paso. Pero éstos en sus manos le hubieran dado una gran sensación de tranquilidad, aparte de que con ellos hubiera podido mantener a raya a sus perseguidores, aun sin tirar a matar.

Intentó retroceder. Pero ya había otro jinete cortándole el camino por aquel lado también.

Entonces, Bruce Loman, con la agilidad de un puma, trató de ascender por las rocas hacia el lugar más inaccesible. Los caballos no podrían seguirle por allí, y las aristas rocosas le ofrecían una cierta protección contra las balas.

—¡Huye, perro, huye! —gritó la voz de Lena.

Bruce se mordió los labios. Había reconocido aquella voz. Y a partir de ese momento dejó de hacer un solo movimiento más para huir.

De todos modos, estaba ya cazado. Uno de los hombres arrojó el lazo con una inigualable maestría, y lo dejó bien sujeto por los hombros. Un leve tirón, y Bruce cayó hacia atrás. Sólo a su excepcional agilidad y a sus hábiles contorsiones de cintura debió el no morir despedazado entre las rocas. Pero, aun así, cuando llegó al sendero tenía el rostro cubierto de sangre.

—Buena cacería —silbó Lena—. Llevadle a aquella choza. Pero tal como está… ¡Arrastrándolo!

Los ojos de los dos hombres brillaron ante la perspectiva del suplicio.

—¡Vamos allá!

Loman trató de resistir, pero fue inútil. El otro también le enlazó. Y entre los dos los arrastraron sobre el sendero pedregoso, animados por los gritos de Lena, quien parecía en estos momentos acometida por un furor salvaje.

—¡A aquella casa! ¡Más de prisa! ¡Más de prisa!

El trote de los caballos se convirtió en galope. Loman, que se había puesto en pie, trató de correr con todas sus fuerzas, a fin de no ser arrastrado nuevamente. Jadeaba como un pobre animal herido. Y cuando faltaban unas veinte yardas para llegar a la casa ya no pudo más. Cayó a tierra y fue arrastrado. Cuando el galope cesó, había perdido el sentido.

CAPÍTULO V

ODIO DE MUJER

El último pensamiento de Bruce Loman fue éste: «Me ahorcarán dentro de la casa».

Al no haber por las cercanías árboles lo suficientemente altos, sus aprehensores debían haber pensado que dentro de la choza encontrarían alguna viga. Y por eso se dirigían hacia allí.

Loman odiaba morir en un lugar sórdido. Su último deseo hubiera sido pedir que le dejasen acabar bajo la luz del sol. Pero ni eso pudo hacer. La fatiga y el dolor le impidieron modular una palabra.

Al recobrar el sentido se extrañó de no sentir en su cuello la presión de la soga. Aunque se sentía tan dolorido que quizá lo estaban colgando ya y no lo notaba. Respiró intensamente, y entonces la vio con claridad a ella.

Estaba quieta frente a él. Y sola.

Los dos hombres habían desaparecido.

Loman vio ahora que lo habían amarrado sólidamente al marco roto de una ventana. Además le habían despojado de su camisa hecha harapos, dejándole el tórax desnudo. Y la mujer, frente a él, le miraba burlona, desafiante.

Con una fusta en la mano.

Una fusta tan larga como un látigo, pero mucho más dura, hecha de cuero trenzado.

—Celebro que hayas despertado —silbó Lena—. Una de mis mayores decepciones hubiera sido verte morir sin darte cuenta de nada.

Loman tenía la boca pastosa, llena de sangre. Pero consiguió hablar.

—¿Y los otros?

—Se han ido. Yo se lo pedí.

—¡Qué romántico! ¿Es que piensas declararte?

La fusta se estrelló contra su pecho.

—¡La próxima será en tu cara! ¡Antes de matarte te marcaré!

—Me marcaste ya en el mismo momento en que te vi.

Los ojos de la mujer centellearon.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente esto: Que tus ojos me quemaron, que tu voz aún está impresa en mis oídos, que tu figura aparece en todos mis condenados sueños. Eso es lo que has hecho conmigo. Me has marcado ya de un modo que durará toda mi vida.

Hubo un leve estremecimiento en los hombros de la mujer. Un estremecimiento que no pudo evitar, aunque haciendo un esfuerzo y apretando los labios, se dominó en seguida.

—Tu vida va a durar muy poco, perro.

Otra vez la fusta cayó sobre el pecho de Loman, quien tuvo que ahogar un gemido.

—¡Tu vida va a durar muy poco, pero estas marcas durarán mientras exista tu piel! —jadeó la mujer—. ¡Quiero que recuerdes todo lo que hiciste! ¡Qué lamentes cien veces la muerte de Sheridan! ¡Qué ladres igual que un perro martirizado, como lo que eres!

Bruce Loman apretó los dientes.

—¡Tú estás aquí haciendo la imbécil mientras los hombres de Derringer se disponen a dar el golpe mejor de su vida!

La mujer parecía al borde del paroxismo. Empuñó la fusta con las dos manos.

—¿Llamas hacer el imbécil a esto? ¿Y a esto?

Otra vez la fusta cayó rabiosamente sobre Loman. Por ahora, en el pecho. Pero él sabía que pronto Lena empezaría con la cara.

—¡No me haces daño, Lena! ¡No puede hacerme daño nada que venga de tus manos! ¡Pero estás perdiendo el tiempo aquí! ¡Derringer va a asaltar la conducción de oro del Banco Federal! ¡Va a hacerlo dentro de unos minutos, y morirán varios hombres!

—¿Crees que me vas a engañar? ¡Y aunque eso fuera cierto, lo

único que tú lamentarías sería no poder participar en el asalto!

Dejó caer la fusta otra vez. Ahora, en el cuello.

Bruce Loman la miró. Hubo en su mirada algo que era muy intenso, muy extraño. Y su pregunta fue más extraña aún.

—¿Amabas a Sheridan?

La muchacha pareció quedar por un instante paralizada, sin fuerzas.

—Iba a casarme con él…

—Eso no quiere decirlo todo. ¿Le amabas?

—¿Y a ti qué te importa? —gritó Lena, furiosa, dejando caer otra vez la fusta.

—Cuando no te atreves a confesarlo es que no le amabas.

La ira de la mujer pareció centuplicarse. Sus dientes rechinaron, y su brazo derecho, único que ahora sujetaba la fusta, empezó a moverse con rapidez vertiginosa. Tres veces cayó el cuero sobre el pecho de Loman, dejando allí su bárbara marca. Y tres veces más sobre su cuello, de donde brotaron salpicaduras de sangre.

Y, sin embargo, Bruce Loman sonreía. Sonreía de una forma desafiante, incomprensible, aturdidora.

—¿Es que no vas a quejarte, perro?

—Te he dicho ya que no me duele el castigo que venga de tu mano.

La mujer levantó la fusta otra vez, con tanta ira que sus dientes rechinaron de nuevo. Iba a descargarla ahora sobre el rostro de Loman. Pero de repente vaciló, al contemplar sus ojos. No pudo resistir la intensidad casi diabólica de aquella mirada y bajó la fusta poco a poco. Su barbilla temblaba; no hubiera podido decirse si de excitación o de miedo.

Extrajo entonces un revólver con su mano izquierda.

—Esto es el fin —barbotó.

—¿Por qué no haces más larga tu venganza? —rió Loman—. ¿Por qué no aprovechas más esta situación? Te ha costado mucho tenerme así. ¡Aprovéchala para poder decir algún día que cierta vez mataste a golpes a un hombre!

Nuevamente castañetearon los dientes de Lena.

—No tengo valor para torturar a nadie. Ni es justo que lo haga. Tú mataste a Sheridan sin hacerle sufrir; yo te mataré ahora sin hacerte sufrir más. Los dos estaremos en paz con el destino.

Lena levantó el revólver poco a poco. Su mano no temblaba.

Pero Bruce no había perdido el tiempo mientras era golpeado. Sus dedos finos y hábiles habían desatado unos nudos hechos con demasiada precipitación. Y en el momento en que Lena levantó el revólver, él ya tenía las manos libres.

Se ladeó, con una agilidad inaudita, cuando la detonación sonaba. La bala silbó junto a su cadera derecha. Y antes de que Lena pudiera disparar nuevamente, antes de que pudiera darse exacta cuenta de lo ocurrido, Loman ya le había hecho soltar el revólver de un manotazo.

—¡Así está mejor!

La mujer levantó la fusta, única arma de que podía disponer ahora, pues Loman, con una increíble habilidad, le había hecho saltar también el otro revólver. El hombre nada hizo por evitar el golpe, que resonó salvajemente en su pecho. Pero sus brazos se ciñeron en torno a la cintura de Lena, y sus labios buscaron los labios de la mujer.

Bruce Loman la soltó tras un breve beso.

—¡Cobarde! —jadeó ella—. ¡Cobarde!

Le golpeó de nuevo, con todas sus fuerzas. Loman dijo:

—Golpéame otra vez y yo te besaré otra vez. Golpéame cien veces y yo te besaré cien veces.

Los hombros de Lena temblaron. Temblaron sus labios. Hubo en ella como una crispación, como un paroxismo doloroso.

—¡Miserable asesino!

Bruce Loman la apartó suavemente de su lado. Y recogió los revólveres, colocándolos en sus fundas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —masculló Lena—. ¿Matarme a mí también?

—Conmigo siempre te equivocas —silbó Loman.

Y sin dirigirle una mirada salió de la choza.

El caballo de la mujer estaba frente a la puerta. Loman, con dificultad, porque le dolía horriblemente todo el cuerpo, lo montó. E instantes después enfilaba la ruta de diligencias.

Fue en ese momento cuando oyó varios disparos. Diez o doce. Sólo eso. Luego, silencio.

Quiso correr más, pero no le era posible. Apenas podía sostenerse sobre la silla, y el camino era endiabladamente

pedregoso. El caballo tropezaba continuamente. Por eso, cuando llegó a la ruta, todo había terminado.

Había cuatro hombres muertos entre enormes pilas de paja. Derringer y sus secuaces estaban por allí, haciendo caracolear sus caballos. Ninguno de los muertos pertenecía a la banda.

Bruce Loman frenó el caballo. Lo contempló todo con un extraño sentimiento de desolación. Los cuatro hombres muertos, cara al cielo, con las armas todavía en las manos. La paja que los cubría, manchada de sangre. Un caballo herido, al fondo, que agonizaba lentamente. Y los hombres de Derringer descargando ávidamente de la gran carreta que habían detenido, cajones llenos de lingotes. Pesaban tanto que entre cuatro de ellos no podían sostenerlos. Había sido aquél, sin duda, el mejor golpe de toda la carrera de Derringer. Y el más fácil.

Derringer contempló con mirada crítica la figura ensangrentada de Bruce Loman.

—¿Dónde estabas?

—Tuve un tropiezo.

—Ya lo veo. ¿Con quién?

—Con Lena Winter, el *sheriff* de Tucson.

Hubo una risotada general entre los hombres de la banda. Una risotada cruel, que llegó al fondo del corazón de Loman como un ácido corrosivo. Y luego, Derringer opinó:

—¡Vaya! No sabía que esa mujer resultara tan peligrosa… o que tú fueras tan gallina.

Loman se mordió los labios.

—Iba acompañada de dos hombres. Y hubo otra mujer, antes, que mató a mi caballo y me despojó de mis armas.

Nueva risotada entre los forajidos. A pesar de la fama de mortal tirador que entre ellos tenía Loman, ahora les animaba el verle sangrante sobre la silla, sin poder apenas sostener la vertical. Y más les animaba aún ver a Derringer, otro tirador diabólico, con las manos a la altura de las culatas.

—¿Es que no has hecho más que encontrar mujeres esta mañana, Loman?

—El destino ha debido quererlo así.

¿Y eran guapas, al menos?

Loman vaciló. Se advertía que estaba haciendo desesperados

esfuerzos para sostenerse en la silla. Su pecho, cuello y rostro sangraban por varias heridas.

—Sí —balbució—. Eran guapas.

Y cayó a tierra, sin lograr sostenerse un minuto más. Su rostro se hundió en el polvo de la ruta, manchándolo de sangre. Entreabrió los labios y quedó sin sentido.

Uno de los forajidos sacó su revólver.

—¿Lo trabajo, jefe?

—Sí. Al fin y al cabo, ya no sirve para nada. Pero hazlo con el revólver de uno de ésos —señaló a los muertos—; que parezca que lo han matado ellos.

El pistolero se apeó, dirigiéndose lentamente hacia uno de los cadáveres.

—No pierdas mucho tiempo —mandó Derringer—. Puede que los cerdos de la Caballería estén por llegar. Un tiro a la cabeza y en paz. Ya nos alcanzarás.

Y volviéndose al resto de sus hombres, como si fuera un verdadero general antes de la batalla, gritó:

—¡Adelaaaanteee…!

CAPÍTULO VI

¡LLEGA LA MUERTE!

El forajido recogió un revólver y comprobó su carga. Había tres balas en él. El sol calentaba y parecía penetrar en la cabeza. Se ajustó el sombrero bien y avanzó hacia Bruce Loman.

Éste seguía exánime. El tiro —pensó el pistolero—. Iba a ser asquerosamente fácil.

Apuntó.

Y sonó el disparo.

La bala penetró en la caja craneana del pistolero, haciendo volar el sombrero que acababa de ajustarse. Fue una bala de calibre 45, disparada con una magistral precisión. Con ella hubo bastante.

Bruce Loman recobraba el conocimiento en aquel instante, aunque era incapaz de moverse. Se dio cuenta de una forma confusa de que alguien iba a asesinarle a sangre fría. Se dio cuenta también de que sonaba un disparo. Y la sangre del pistolero le salpicó la espalda.

Lentamente, con gran esfuerzo, se incorporó. Pero tuvo que caer de rodillas. Vio entonces al pistolero de Derringer. Estaba a su lado, con los brazos abiertos. Le habían saltado la tapa de los sesos.

Miró a su alrededor. No había nadie. Los últimos ecos del disparo se perdían entre las gargantas rocosas.

Oculta entre unos peñascos, Lena Winter sopló en el cañón de su revólver. Éste era un «45» de grandes dimensiones, especial para tiro de precisión. Lo mejor que se fabricaba con la marca «Colt».

No le pertenecía, al menos en el sentido estricto de la palabra. Lo había encontrado entre unos arbustos, junto a otro. En este

momento, Lena ignoraba aún que el revólver era uno de los dos que Bruce Loman tuvo que soltar ante la amenaza del rifle de Mona, y que la mujer no se llevó porque ya tenía sus fundas completas. En este momento lo ignoraba todo, incluso lo que sentía.

Cuando se guardó el revólver, sus facciones estaban crispadas en una mueca de dolor.

Era como si estuviese viviendo un sueño. Como si ella misma no creyera en lo que acababa de hacer.

¡Había salvado la vida a Loman!

Fue un impulso, algo que escapó a la reflexión, que actuó como una fuerza ciega. Al ver aquella escena cuando descendía hacia la ruta, apuntó e hizo fuego. Y Lena Winter sólo necesitaba una bala para matar a un hombre.

Ahora, reflexionando ya, se dijo que había disparado porque ella no podía consentir un asesinato, aunque la víctima fuera un miserable. Pero aquel impulso instintivo, salvaje, primitivo, que le hizo levantar el arma al ver a Loman en peligro, quedaba sin explicar.

Desde su lugar, Lena se dio cuenta de que el hombre no la había engañado al hablarle de un asalto a la conducción de oro del Banco Federal. Ella conocía ya el truco del carro de paja, y lo que no comprendía era cómo esa noticia pudo llegar a oídos de los pistoleros de Derringer. Pero de un modo u otro, Bruce Loman había dicho la verdad. Allí estaban los cadáveres para atestiguarlo, y allí estaba el carro destripado, sin una mala onza de oro en su interior.

Lena iba a descender, a fin de proceder a la detención de Loman y comprobar lo ocurrido sobre el propio lugar del suceso, cuando de improviso oyó los cascos de un caballo que se aproximaba.

Se ocultó nuevamente.

Vio a los pocos instantes que la que se aproximaba era una mujer. Montaba muy bien a caballo, pero lo hacía con una especie de exuberante agresividad, como si quisiera lucir más su figura. Desde luego, reconoció Lena, era una mujer que debía agradar a los hombres. Se dirigía en línea recta hacia Loman, con un rifle cruzado sobre la silla. Una burlona sonrisa distendía sus labios.

—¡Mi pobre amigo! —Deploró zumbonamente la mujer—. ¿Es éste tu día negro? ¿Qué otra desgracia acaba de ocurrirte?

Loman la miró fijamente. Pudo ponerse en pie.

—No debe ser mi día negro cuando he podido escapar de la muerte dos veces. ¿Te debo a ti la segunda?

—No sé a qué te refieres.

Bruce Loman miró un instante la cabeza del pistolero muerto. Había visto ya tantos cadáveres en su vida que sabía decir exactamente qué clase de bala era la que había acabado con ellos. Y una simple ojeada le bastó para saber que a aquel hombre no le había exterminado una bala de rifle, sino un proyectil de revólver. Además, por la postura, la bala no había llegado de la dirección en que la mujer avanzaba.

Esto le sumió en un mar de confusiones. Pero la cabeza le daba vueltas de tal modo que renunció a pensar.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Mona.

—¿No lo ves? Alguien acaba de asaltar ese carromato. Han robado toda la paja.

—¿Quiénes?

—Una pandilla de burros hambrientos, claro.

—Parece mentira que después de esto aún tengas ganas de broma. No consigues tenerte en pie. ¿No tienes un maldito caballo para ir a alguna parte?

—No —masculló Bruce—. Y aunque lo tuviera, no sé si podría sostenerme en él.

—Yo voy a Tucson. Puedo llevarte.

—El que no puede ir a Tucson soy yo.

Lena lo oía todo desde su refugio entre las rocas.

—Sube a la grupa de mi caballo —invitó Mona—. Y apóyate en mí. Te llevaré a algún sitio donde puedas reponerte.

Reuniendo sus últimas fuerzas, Loman trepó sobre la grupa del animal. Mona le excitó un poco y el caballo emprendió un trote suave.

Lena tenía el revólver amartillado. Contempló el largo cañón, capaz de lograr puntería a gran distancia. Un sordo deseo de matar a Loman, como si se avergonzase de haberle salvado antes la vida, la acometió de repente. Pero no podía tirar contra él estando de espaldas. Se lo impedía su conciencia.

Enfundó el revólver y salió a la ruta polvorienta, donde los cadáveres de los hombres se achicharraban al sol.

Empezó a contarlos y trató de identificar a alguno de ellos.

En esta fúnebre tarea la sorprendió, media hora más tarde, la llegada de un pelotón de jinetes del III de Texas, de la Caballería de Estados Unidos.

Capítulo VII

Una Mujer Y UN Revolver

El hombre que mandaba aquel pelotón era el segundo teniente Forrestal. Se enamoró como un niño de Lena Winter, sólo al verla. Y se juró que si ella vivía en Tucson, él no se movería de Tucson para el resto de sus días.

De modo que en la ciudad se alojaron unos treinta hombres de la Caballería, todos bien armados y con ganas de pelea. Los habitantes de Tucson se las prometieron muy felices pensando que la banda de Derringer no aparecería por allí. Y en efecto, como la Caballería infundía cierto respeto, Derringer se guardó muy bien de merodear por aquella zona.

Lo cual no quiere decir que permaneciese inactivo.

Lena, quien por lo menos dos veces al día tenía que rehusar las vehementes declaraciones de amor del segundo teniente Forrestal, supo que la banda de Derringer se dedicaba ahora a otra clase de incursiones.

Más crueles, más despiadadas.

Después del fructífero golpe contra el carromato de oro del Banco Federal, Derringer se consideraba con bastante dinero, y él y sus hombres sólo ansiaban divertirse durante una temporada. Atacaban ranchos aislados, y sus principales víctimas eran las mujeres.

El gobernador había formado una especie de escuadrones volantes, reuniendo a todos los hombres de que disponía, y ésta era la causa de que no hubiese enviado aún los diez comisarios a Tucson. Prácticamente ya no le quedaba ningún otro tirador a sus

órdenes.

La situación era particularmente grave, Pero en Tucson confiaban que todo iría bien mientras por allí se entretuviese la Caballería.

Y la Caballería se entretuvo en Tucson diez días justamente. Transcurridos éstos, una mañana, el segundo teniente Forrestal recibió un telegrama ordenándole unirse a su regimiento, que debía custodiar una larga caravana hacia el Oeste. Forrestal se mordió los labios hasta hacerse sangre, estuvo a punto de arrancarse el uniforme y quemarlo, pero recordó por fin que descendía de una vieja estirpe de militares y que un acto así sería la deshonra de su familia. Reunió a sus hombres, los cargó con municiones y forraje para tres días y salió de Tucson al galope, sin despedirse de Lena para que su decisión no flaqueara.

De este modo la mujer quedó otra vez sola. Sola con su revólver, sin poder confiar más que en la velocidad de su gatillo.

Y mientras tanto, Bruce Loman no había aparecido por allí ni tenía ninguna noticia de él. Aunque sí había aparecido Mona.

Durante días enteros, Lena había luchado con el deseo de interrogarla. La mujer estaba alojada en una buena habitación del mejor hotel, y, aparentemente, no se dedicaba a nada en absoluto, excepto a sonreír de una forma muy extraña cuando la veía pasar junto a ella.

Lena tuvo la sensación de que aquella mujer se burlaba. ¿Pero por qué? ¿Acaso porque ahora era la novia de Loman, y éste le había explicado cómo consiguió besarla a ella primero?

Sí, era muy posible.

Y la ira subía un poco más cada día en el corazón de Lena. Hasta que la misma mañana en que Forrestal y sus hombres marcharon de la ciudad, decidió abordarla. Mona salía del hotel muy bien vestida, con una delicada sombrilla, como si fuera a dar un paseo. Lena se detuvo ante ella, cortándole el paso.

—Quiero hablar con usted.

—¡Ah, *sheriff*, tenía mucha curiosidad por oír su voz! ¡Me han dicho que sólo detiene a los hombres guapos!

Lena se mordió el labio inferior.

—No necesito detenerlos. Pero no es de hombres de lo que quiero hablar con usted. O tal vez sí. Concretamente, de un hombre.

—¿Bruce Loman?

—Sí.

Mona sonrió.

—Ya me ha explicado que son muy amigos.

—¿Dónde lo tiene escondido?

—¿Escondido? En ninguna parte. Loman no es de esos tipos a quienes les gusta hacer vida de topo. Media ciudad le ha estado viendo estos días. Usted no porque no sale de los límites de Tucson, y hace bien, ya que Derringer se está dedicando ahora a las mujeres guapas. Pero Bruce Loman habita actualmente en una choza medio derruida, a tres cuartos de milla de aquí, y cada mañana caza algunos pájaros para alimentarse. No puede alejarse mucho de la choza, desde luego, porque aún le faltan fuerzas.

—Muy bonito —dijo Lena—. ¿Y no ha habido en Tucson quien me explicara que ese miserable está aquí?

—No se lo habrá preguntado a nadie…

—Todo el mundo sabe que ese hombre pertenece a la banda de Derringer.

—Sí, claro, yo también lo sé —dijo Mona con un ademán desenvuelto—. Pero no se mete con nadie. Cada día se encuentra con cinco o seis personas y no se ha sabido aún que haya robado ninguna cadena de reloj. ¿Es eso lo que le extraña?

—Un granuja como Loman no se dedica a robar cadenas de relojes. Su especialidad es mucho más elevada. La asignatura que mejor ha aprendido es el asesinato. ¡El mató a Sheridan! ¡Él lo asesinó la misma noche en que lo eligieron *sheriff*, pocas horas antes de que se casase conmigo!

Ahora fue Mona la que se mordió el labio inferior.

—¿Sheridan iba a casarse con usted?

—¡Claro! ¿Por qué lo pregunta? Hacía casi un año que éramos novios. Nuestras familias veían con agrado el enlace. Hubiera sido una ceremonia a gusto de todos, un verdadero acierto para los dos.

—Muy emocionante —comentó Mona, con un suspiro de cansancio—. Pero ¿usted amaba a Sheridan?

—Le he dicho que éramos novios.

—Eso no explica nada. Podía usted no amar a Sheridan. Y Sheridan no amarla a usted.

Brillaron los ojos de Lena. Se sublevó.

—¡Eso sí que no es posible!

—Lo tenía muy enamorado, ¿eh? Vamos, no sea vanidosa, hermana. Y despierte de una vez.

Dio media vuelta y trató de alejarse. Lena la sujetó por un brazo, casi con violencia.

—¡No puede marcharse de este modo! ¡Necesito saber por qué ayudó a Bruce Loman! ¡Y sobre todo necesito saber quién es usted y qué diablos es lo que está haciendo aquí!

—Habla usted ya como si llevase trescientos años en su puesto de *sheriff*. Pero, en fin, no tengo inconveniente en contestar a sus preguntas, ya que estoy en su condado y según creo es usted una autoridad aquí. Ayudé a Loman porque creí que debía hacerlo. Estaba herido y en un mal trance, y yo antes le había jugado la mala pasada de dejarle sin su caballo y sus armas. Y si estas explicaciones le parecen poco satisfactorias, le daré otra mucho más concreta: Le ayudé porque me dio la gana.

Lena no se inmutó. Por el contrario, una estrecha y tranquila sonrisa había aparecido en sus labios.

—Siga. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Soy bailarina.

—Lo parece. ¿Y por qué no trabaja en Tucson?

—Porque no hay aquí locales de suficiente categoría para mi arte. Soy una bailarina fina, ¿entiende? Tengo los contratos a montones. Y los pretendientes a montones más grandes aún que los contratos. Pero espero aquí a que llegue mi empresario, en una gira organizada por todo el Sudoeste, para terminar en San Francisco. ¿Sabes tú dónde está San Francisco, guapa?

Lena tragó saliva lentamente. Con gusto hubiera abofeteado a aquella mujer, pero se lo impedía su cargo, aquel cargo que era la sorpresa y la admiración de toda la ciudad. Tenía que aceptar aquellas explicaciones como buenas y callarse. No contaba con autoridad para nada más.

—Está bien —dijo—. Gracias por sus palabras. Celebraré que emprenda pronto esa gira y que el éxito la acompañe a todas partes. Con respecto a Bruce Loman, ya me encargaré de él.

—Si quiere conocer el lugar exacto donde se encuentra, pregunte a Sam, el muchacho de recados de la droguería. Actualmente Loman le está enseñando a tirar.

—Lo único que puede enseñar Loman tiene que estar en relación con los revólveres —apuntó secamente Lena.

Iba a dar media vuelta, pero Mona la detuvo.

—¡Ah, otra cosa!

—¿Qué?

—No se exhiba demasiado por ahí. He oído decir que Derringer se derrite ahora por las mujeres. Lamentaría que a pesar de sus ropas masculinas le gustase usted. Si se presenta aquí con toda su banda, va a ser un desastre.

—Si se presenta aquí con toda su banda lo recibiré bien —contestó Lena, rechinando los dientes—. Hay momentos en que no deseo otra cosa. Y ahora, buenos días. Dio media vuelta y se alejó poco a poco. Mona la vio marchar con una sonrisa que era de desdén y al mismo tiempo de pena.

—¡Iba a casarse con Sheridan! —rezongó—. ¡Bah!

Entretanto, no muy lejos de allí, en una choza construida de troncos que ya empezaban a caerse, Bruce Loman enseñaba los secretos del revólver a un muchacho llamado Sam.

—Lo esencial en estas armas es saber emplear bien la línea de mira —le decía—. Al principio hay que disparar con lentitud, apuntando bien y sosteniendo el pulso. Luego se acostumbra uno tanto al revólver que ya lo maneja de una forma instintiva. Pero por el momento tienes que fijarte en la línea que sigue el cañón, para morir en el punto de mira.

Esa línea es clave. Si no sitúas bien el blanco con relación a ella, fallarás el tiro. Otra cosa muy importante es no respirar en el momento de hacer disparos de mucha precisión; si uno respira, el pulso se mueve.

Sam, sentado en cuclillas frente a él le escuchaba con una atención extraordinaria.

—¿Tampoco respiras tú cuando haces algún disparo?

—Ahora ya no sé lo que hago. Tiro de una forma instintiva, como si moviese los dedos. La verdad es que ni siquiera me doy cuenta. A veces respiro, a veces incluso grito. Pero es que llega un momento en que el revólver forma parte de la propia mano. No creas que eso tenga ningún mérito. Se logra con la costumbre.

Sam, que llevaba una funda al cinto, demasiado grande para él, empezó a enfundar y desenfundar el revólver, a fin de

acostumbrarse a «sacar» con rapidez.

—De todos modos, muchacho, recuerda siempre una cosa: Debes poner tu revólver al servicio del bien. De lo contrario acabarás algún día con el cuerpo relleno de plomo, en la calle central de cualquier pueblo del Oeste.

Sam le dirigió una mirada de suspicacia.

—Sin embargo, me han dicho que tú estás en la banda de Derringer.

—Sí, es cierto. Pero ahora más vale no hablar de eso, muchacho.

—¿Fueron ellos los que te hirieron?

—Exactamente no. Es una historia larga de contar.

—Y esa mujer que de vez en cuando te trae vendajes limpios y medicinas, ¿quién es?

—Me ayuda por un simple sentimiento de amistad. A veces hasta las personas más desaprensivas son capaces de sentirla. Bien, Sam, dejemos esto ahora. Hemos pasado mucho rato tirando, y en el pueblo te aguardarán ya con una estaca. Vuelve.

Miró hacia el horizonte y de repente dijo:

—¡Vuelve en seguida!

El muchacho miró también en aquella dirección. Una densa nube de polvo avanzaba hacia ellos. Debían producirla al menos unos quince jinetes al galope.

—¿Qué es eso, Bruce? ¿Acaso vuelven los soldados de Caballería que se han marchado esta mañana?

—No. Me temo que no es la Caballería.

Los perfiles de los jinetes se hacían más precisos. Iba uno en cabeza y los demás espaciados en parejas como si temiesen a cada momento caer en una emboscada. Bruce Loman los reconoció al instante. Los reconoció bien.

—Sube a tu penco y lárgate, Sam.

Sam montaba un caballo bajito y venerable, que al menos tenía veinte años.

—¿No vienes tú? En un momento estamos en Tucson.

—No, muchacho. Eso sería una huida. Y no me gusta huir ante cierta gente.

Sam montó y emprendió el galope.

—¿Quieres que avise a alguien? —preguntó aún.

—A nadie, muchacho. ¿A quién ibas a avisar?

Los jinetes se aproximaban a gran velocidad. Iban inequívocamente en aquella dirección, pues la choza estaba cerca del camino principal hacia Tucson. Loman les contó poco a poco, recreándose en la misma sensación de peligro. Eran quince.

La banda de Derringer completa.

Cuando estaban a unas cien yardas, Derringer le reconoció. Tuvo tal sorpresa que por poco se cae del caballo.

—¡Aaaaltoooo…!

Se debía creer un general dirigiendo una batalla. Sus hombres se fueron deteniendo poco a poco. Cuando sus caballos cesaron de galopar, habían ya rodeado a Bruce Loman.

—Pero ¿estás vivo, perro?

—¿Quién es el perro aquí, Derringer? ¿Quién ordenó que me asesinaran cuando caí a tierra?

Derringer se rascó la barba.

—Ya sabes que a mí no me gustan los inútiles. Y tú te portaste en aquella ocasión como uno de ellos. Ya me extrañaba a mí que no volviera el granuja a quien ordené matarte. Pero pensé que se había fugado y hasta tengo ofrecidos quinientos dólares a aquel de mis hombres que me traiga su cabeza. ¿No es verdad, Pedro?

Derringer parecía divertido. Pedro, un tipo delgado, oliváceo, a quien toda la población de México hubiese querido ahorcar, y que era el lugarteniente de Derringer asintió en silencio.

—¿Cómo te salvaste?

—Eso no te importa. Me salvé y en paz. Y en cuanto al tipo aquél, está bien muerto.

—Pero tú no te encuentras aún del todo bien, a lo que parece.

—No. He estado prácticamente deshecho durante una semana entera. Ahora empiezo a encontrarme mejor, pero todavía sufro.

Derringer, imitando el acento mexicano, ordenó:

—Ahórrale sufrimientos, Pedro…

El lugarteniente tenía ya las manos sobre sus revólveres. Sólo tuvo que sacarlos y hacer un suave movimiento para encañonar a Loman. Pero éste se movió con más rapidez aún. Su revólver derecho crepitó, a través de la funda, y Pedro cayó hacia atrás con la cabeza atravesada. Quedó colgando de un estribo y su caballo, excitado, comenzó a arrastrarlo.

Otro de los hombres se movió entonces. Derringer no, porque él

jamás intervenía en esas cuestiones que llamaba «de poca importancia». Fue uno de los jinetes del fondo. Logró tirar, pero Loman ya se había protegido tras el nervioso caballo de Pedro. Y por entre sus patas disparó, alojando a su enemigo un balazo en la zona del diafragma.

Con las dos armas a punto, Loman parecía esperar. No había el menor síntoma de nerviosismo en él. Daba la sensación de que le parecía lo más natural del mundo encontrarse frente a trece enemigos armados. Sus ojos grises lanzaban un frío destello.

—Bueno, Loman —dijo Derringer, conciliador—, a ti no debe gustarte el papel de lobo solitario.

—No, no me gusta.

—En tal caso, vuelve a unirte a nosotros.

—¿Es que temes que la última bala sea para ti, Derringer?

—Sería la última cosa que hicieses en este mundo.

—¿Y qué importa?

—Bueno, vamos a hablar como personas sensatas —anunció Derringer con un ligero tono de impaciencia—. Me disgusta ir diciendo idioteces con las personas que valen, como tú. He de reconocer que cometí un error y tuve un mal momento al ordenar que te eliminaran. Pero, ya que estás vivo, vamos a aprovechar tú y yo esa circunstancia. ¿Deseas figurar otra vez en nuestra banda?

Loman se encogió de hombros.

—Estoy harto de matar patos salvajes para poder comer algo. Sea. Contadme otra vez entre vosotros.

Derringer le miró con atención.

—¿Sabes que eres un tipo muy contradictorio, Loman?

—¿Por qué?

—No logró clasificarte. No sé lo que buscas en Tucson. No sé si eres un asesino o un tipo que dispara por no aburrirse.

Bruce se encogió de hombros otra vez.

—Quizá soy una mezcla de las dos cosas.

—Bien —concluyó Derringer pasando a un terreno más concreto —, ya que volvemos a trabajar juntos, te encargaré la misión de ir a Tucson. Tienes que distraer la atención del *sheriff* y de los que puedan ayudarle.

—¿Qué pensáis hacer?

—Sencillamente, asaltar la ciudad.

—¿Y yo voy a ir como «hombre-anuncio», para que todo el mundo se fije en mí y esté desprevenido cuando llegue el ataque? No, amigo; ésa es una misión demasiado peligrosa. Encárgala a cualquier otro de tus angelitos.

—En cuanto se oiga el primer disparo entraremos todos en la ciudad —aseguró Derringer—. No correrás demasiado peligro. Y además… —añadió riendo— serás el primero en ver al *sheriff*.

Aunque trató de dominarse, Bruce tuvo un estremecimiento.

—De acuerdo, Derringer. Pero cuida de que nadie me juegue una mala pasada. Será la última cosa que haga en su vida. Voy a llevarme el caballo de Pedro.

Desestribó al muerto, que terminó de caer pesadamente a tierra, y montó él lentamente sobre el animal, sin volver en ningún momento la espalda.

Llevaba ropas nuevas que le había proporcionado Mona.

Y en su rostro y sus manos también había piel nueva, piel que, sin embargo, ya estaba curtida por el viento, por el sol, por la lucha.

A lo lejos brillaba Tucson.

—Bien —dijo Loman—. Recordad: al primer disparo. Y si alguien intenta alguna cosa más valdrá que empiece a rezar con cinco minutos de anticipación.

Levantó el brazo, a manera de saludo, y emprendió el galope hacia Tucson.

CAPÍTULO VIII

ENCUENTRO CON EL DESTINO

Bruce Loman entró al trote suave en la ciudad. Y adivinó en seguida que el pequeño Sam debía haber dicho ya algo, porque el ambiente que se respiraba en Tucson era el de los días de guerra.

Muy poca gente se veía por la calle, y aun ésta iba de prisa. Los porches estaban vacíos.

Algunas tiendas empezaron a cerrarse. Y la verdad era que nadie parecía poner atención en él.

Fue en medio de la calle principal donde Loman notó que su caballo cojeaba. Debía haber recibido alguna esquirla de la bala que mató a su dueño, o quién sabe si de las que disparó el segundo pistolero, y tenía sangre en una pata. Poca cosa, pero no podía seguir caminando.

Bruce resolvió entonces llevarlo a una cuadra pública. Había una a pocas yardas de distancia.

Penetró en ella. No estaba el encargado y no había allí más que un par de caballos viejos y enfermos. La penumbra reinaba en el interior, en torno al farol de petróleo que colgaba del techo. El silencio era absoluto.

Bruce amarró el caballo al pesebre.

Y entonces el silencio fue roto por aquella voz:

—Quieto o te aso.

Loman tuvo un estremecimiento. No hubiera podido decirse si era de sorpresa o de placer. Pero aquella voz despertó en él algo que parecía dormido. Le hizo vibrar. Le convirtió en un hombre que estaba tenso, anhelante, esperando volver a oírla.

—Desabrocha tu cinto.

Loman miró con el rabillo del ojo a Lena Winter, que avanzaba lentamente.

—¿Y si no me diese la gana?

—Te vaciaría la cabeza.

—Puedes hacerlo.

La mujer amartilló sus armas. Bruce la miraba fríamente, sin reflejar en su rostro la menor emoción, como si todo aquello no fuera por él. Y en cambio los labios de Lena temblaban ligeramente.

—No eres más que un asesino, Loman. Si crees que vacilaré en el momento de apretar el gatillo, te equivocas. Para mí eres como una alimaña a la que hay que exterminar.

—¿Y por qué no lo haces, Lena?

Temblaron más intensamente los labios de la mujer.

—Me repugna matarte así, sin que te defiendas…

—No me defendería, Lena. No puedo disparar contra ti, del mismo modo que tú no puedes hacerlo contra mí. Siempre que nos veamos los dos sabremos eso; que, aparte lo que todo el mundo conoce, hay entre tú y yo un extraño secreto. Un secreto que no nos atrevemos a confesar.

Lena se estremeció, mientras sus ojos brillaban de odio.

—¿Qué puede haber entre tú y yo, sino el desprecio? Uno de esos desprecios que sólo terminan con una bala…

—Entonces, Lena, ¿por qué me salvaste la vida?

—¿Crees de veras que te salvé yo?

—Sí. Llevas mis revólveres. Y uno muy parecido fue el que disparó la bala que cercenó la cabeza de aquel hombre. Este modelo de «Colt» todavía no es frecuente en Texas.

—Te equívocas —sonrió despreciativamente la mujer—. No hubiese hecho nada por salvarte aun viendo cómo te iba a arrollar una manada en estampida. Es ridículo todo lo que dices y todo lo que piensas, Bruce Loman. ¿Por qué iba a salvarte yo a ti?

—Tú misma no lo sabes.

Hubo un brillo delator en los ojos de la mujer. No, no lo sabía. Aún no se había explicado aquel sentimiento repentino, vehemente, que la impulsó a disparar. Aún no había logrado comprender qué era aquello que la dominaba por completo.

Alzó los ojos. A la quieta luz del farol de petróleo, Bruce Loman

la estaba mirando.

—Yo, en cambio, sí que sé por qué lo hiciste —dijo con voz queda—. Lo hiciste porque me quieres. Como te quiero yo a ti.

Hubo algo de brutal en aquellas palabras, pese al tono suave con que fueron pronunciadas. Algo que estremeció a Lena, que la hizo temblar como si un cuchillo le hubiese rozado la espalda.

—¿Amarte a ti? —balbució—. ¿Al que mató a Sheridan? ¿Al asesino del hombre con quien iba a casarme?

—Fue un duelo de hombre contra hombre, lo cual es legal en esta tierra —arguyó Loman—. No fue un asesinato. Pero voy a admitir que lo fuera. Al fin y al cabo, tú también piensas que se trató de un asesinato. Y, sin embargo, no sabes lo que te ocurre. No sabes lo que piensas. Te niegas a admitir que hay algo entre tú y yo, pero en el fondo sientes que hay algo. Yo no sólo lo siento, sino que lo sé con toda certeza. Me he enamorado de ti. Te quiero como un loco.

Sus últimas palabras fueron roncas, y en cada una de ellas vibró la pasión. Lena sintió que algo la envolvía, que se apoderaba de ella. Era la pasión también. Era aquello que no quería confesar lo que la impulsó aquel día a apretar el gatillo, lo que la despertaba durante la noche, lo que la tenía condenada a permanecer siempre como un secreto maldito en el fondo del corazón. Y se dijo a sí misma que «no» con un sentimiento de rabia. No podía consentirlo. Movió las manos furiosamente y abofeteó una, dos, tres veces, a Bruce Loman.

Éste no se movió.

—Te quiero, Lena —declaró—. Nunca he querido tanto a una mujer. Jamás querré a ninguna otra.

La luz del farol hacía más duros y viriles los rasgos de su rostro. Lena vio muy cerca aquellos labios, aquellos ojos que parecían convertirla en su prisionera.

—Te odio, Bruce Loman —dijo—. Y voy a disparar.

Bruce supo que lo haría. Lo leyó en sus ojos. Logró desviar el revólver con un rapidísimo movimiento, pero ya la mujer había apretado el gatillo. Lo apretó tres veces más, furiosamente. Las balas se clavaron en el techo, rozaron el farol de petróleo y no produjeron por verdadero milagro una catástrofe.

Esas tres detonaciones se oyeron claramente en el exterior.

Derringer, que estaba con sus hombres en una colina cercana, tendió el brazo y con uno de sus gritos peculiares ordenó:

—¡Adeeelanteee…!

Trece hombres se lanzaron sobre las calles de Tucson, la mejor presa con que podían soñar. Había allí dos Bancos. Varias tiendas con buena cantidad de moneda en sus cajones. Siete u ocho saloons con abundancia de botellas. Y para defender todo esto un solo *sheriff*, que además era la mujer más guapa de la ciudad.

Bruce sujetó el brazo de Lena, obligándola a que se colocara el revólver en la funda.

—Vas a necesitar tus balas para algo mejor. Ahora que has disparado acudirán los pistoleros de Derringer.

—Pero… ¿están aquí?

—Entrarán en seguida en la ciudad.

—¿Y tú has llegado para prepararles el terreno, granuja?

—No hagas preguntas inútiles. ¡Quédate aquí y no salgas bajo ningún pretexto! ¡Nadie vendrá a buscarte!

—¿Por quién me has tomado? —exclamó la mujer—. Me prometí hacer honor a esta estrella y voy a cumplir mi promesa. ¡Si los hombres de Derringer saben tirar yo tiro mejor que ellos!

Loman la sujetó, tapándole la boca y la ató a una silla que había en el suelo, valiéndose de las mismas correas de ésta. La muchacha jadeaba, rabiosa, dando puntapiés al aire. Poseía una elasticidad y una fuerza que Loman no esperaba. Para poder vencerla del todo hubiese tenido que darle un golpe, cosa que en modo alguno quería. Tuvo que atarla sumariamente, en parte por los esfuerzos de la mujer y en parte porque el ruido de los caballos de Derringer retumbaba ya en la calle, estruendoso, como una tormenta en avance.

Loman encajó bien sus revólveres y salió. Cerca de la cuadra había un porche, y se parapetó allí. Antes de salir, aún pudo escuchar los insultos de Lena.

—¡Asesino! ¡Miserable!

Vio desde su refugio a la banda de Derringer. Creyó que llegarían hasta allí, pero se detuvieron unas cien yardas más arriba, rociando de plomo todos los edificios de una pequeña plaza.

Lena, que había conseguido liberarse de los precarios nudos, salió rápidamente también. Llegó al porche a tiempo de ver dos

cosas. La primera fue Loman agazapado y en guardia, como si esperase algo, y la segunda varias personas a quienes los disparos de la banda de Derringer hablan alcanzado en los porches de los edificios y que ahora se retorcían mordidos por el plomo, mientras los forajidos seguían disparando contra ellos.

—¿Qué esperas, granuja? —Silbó Lena—. ¿Unirte a tus compañeros? ¡Ya lo haré yo por ti! ¡Y te juro que más de uno quedará para siempre en el suelo, antes de que yo muera!

—¡Tú te estarás quieta aquí! ¿No comprendes que van a deshacerte a balazos?

La mujer avanzó.

—¿Y eso qué me importa?

—¡Quieta o tiraré contra una de tus piernas, para que no puedas dar un paso!

—Vaya —masculló burlonamente ella—. ¡Y estás ahí como si quisieras cazar a Derringer! ¿Qué te pasa? ¿Acabas de convertirte en un pistolero arrepentido?

Loman se irguió, enfundando sus revólveres. Abandonó el porche para salir a la calle.

—Nunca he estado tan lejos de ser un pistolero arrepentido como en estos momentos, muchacha.

Y avanzó para unirse a la banda de Derringer. En estos momentos los forajidos avanzaban, después de limpiar la plaza. Su objetivo era el Banco que estaba en el centro de la calle, y cuyas puertas ya iban a cerrarse. Derringer, esta vez, no iba en cabeza porque sabía que podía costarle la vida. Y, en efecto, hubiera sido así. Lena, con los dientes apretados, disparó contra el primero del grupo. Éste dio una trágica voltereta, alcanzado en el plexo solar, y cayó de su caballo, que empezó a encabritarse. Hubiese huido de no sujetarlo Loman por la brida, saltando sobre la silla ágilmente.

Derringer gritó:

—¡Vamos! ¡Todos al Banco! ¡Pronto! Había visto ya a la mujer. Se dirigía hacia ella. Lena, fríamente, desenfundó el otro revólver. Sabía que iba a morir, y sólo aspiraba ya a que le acompañasen cuantos más pistoleros mejor en su último camino. Entrecerró los ojos.

Derringer disparó contra ella, procurando alcanzarla en las manos, pero rió lo consiguió a causa de la velocidad de su propio

caballo. Las balas sólo rozaron a Lena. Y Derringer, sin embargo, lanzó una salvaje carcajada, pegándose al lomo del animal, sabiendo que ella difícilmente podría alcanzarle, dada la rapidez con que se movía.

Y entonces algo cambió en el rostro de Bruce Loman.

Levantó su «Colt», mientras una sonrisa mortal distendía sus labios.

Pero no llegó a disparar. Porque fue en ese momento cuando se oyó el sonido cercano de una corneta, y uno de los forajidos, el que estaba más avanzado, gritó:

—¡Cuidado! ¡La caballería! ¡Vuelve el Tercero de Texas!

Capítulo IX

Siete Balas Para Cada Hombre

En efecto era la Caballería.

Pero no un regimiento entero, como había supuesto el forajido. Ni siquiera los treinta hombres del subteniente Forrestal. Se trataba de una patrulla de aproximadamente quince miembros, quienes iban unirse en Nevada a su regimiento, que, en efecto, era el Tercero de Texas.

Los jinetes, con el sable desenvainado y los revólveres a punto, sin sujetarse a la brida, sosteniéndose solo por las rodillas, se lanzaron a una rabiosa descarga.

Derringer se había enfrentado a muchos *sheriffs* y a muchos comisarios. Los cementerios de Arizona estaban llenos de hombres con estrella a los que él alojó una bala entre los ojos. Pero no se habían encontrado aún con un ataque en regla de Caballería.

—¡Disparad! —rugió mirando a sus hombres—. ¡Disparad!

Los pistoleros hicieron una descarga cerrada. Todos, excepto Loman. Y los cuatro primeros jinetes que venían en el grupo cayeron acribillados.

Pero los otros ya estaban allí.

—¡Huyamos! —gritó Derringer—. ¡Atrás!

Sus hombres volvieron grupas, nerviosamente, tratando de huir. Pero esto fue peor.

Los soldados les ensartaron con sus sables. Más de una cabeza fue brutalmente segada. Los que caían o vacilaban eran materialmente cosidos a balazos. En un momento, la banda de Derringer quedó reducida a su jefe y cuatro hombres.

Uno de éstos era Loman, que no se había movido.

Pero los soldados no salieron tampoco muy bien librados del combate. Los pistoleros tiraban bien, y en aquella sucesión de disparos a boca de jarro, cada bala segó una vida.

El huracán de plomo que se abatía sobre aquella zona era tan grande, que Lena, atónita y horrorizada por lo que estaba viendo, calculó que cada uno de los muertos había recibido, por lo menos, siete balas.

Derringer y sus hombres lograron al fin despegarse, doblando a una fantástica velocidad la más próxima esquina. Diríase que a sus caballos les habían nacido alas. Los soldados, en cambio, quedaron paralizados por un momento, pues el jefe del pelotón había muerto y necesitaban tener una idea exacta de sus bajas.

Este momento de indecisión, defecto propio de unos hombres organizados y que procedían con métodos, permitió huir a los supervivientes de la banda de Derringer.

Apenas unos minutos después, estaban ocultos entre las colinas rocosas.

El cabo que restaba del pelotón, jefe del mismo una vez muerto el sargento que lo mandaba, miró a su alrededor con expresión consternada. Había allí una verdadera montaña de muertos. Nueve pistoleros y cinco soldados, formando en conjunto catorce muertos que obstruían la calle, sin contar los cuerpos de tres caballos.

Lena se acercó lentamente. Y al cabo se le abrieron muchos los ojos al verla.

—¿Es usted el *sheriff*?

—Sí.

—No lo comprendo. ¿Cómo puede serlo una mujer y en una ciudad tan condenada como ésta?

—No vamos a discutir eso ahora. Le ruego que me ayude a retirar los muertos.

El cabo y los soldados que quedaban vivos descabalgaron para ocuparse en aquella fúnebre y a la vez humanitaria tarea. Una ojeada bastó a Lena para ver que entre los cuerpos no estaba el de Bruce Loman. Otra vez, no supo por qué, la acometió aquel sentimiento. Ahora era alivio al saber que vivía aún. Y por mucho que trataba de sobreponerse, por mucho que se odiaba a sí misma, lo cierto era que una inconfesable alegría le llenaba el corazón.

—¿Habían recibido ustedes algún aviso? —preguntó al cabo.

—No. Pasábamos por aquí por simple casualidad. Íbamos en viaje hacia el extremo Norte del Estado, a reunimos con nuestro regimiento. Pero creo que les hemos hecho a ustedes un favor.

—Un favor que no podremos pagarles nunca.

—Creo —dijo el cabo— que he visto venir a alguien más. Juraría que nos hemos adelantado al carruaje del gobernador del Estado.

—El gobernador… —susurró Lena—. ¿A qué puede venir aquí?

Pero muy pronto iba a tener la respuesta. El carruaje escoltado por varios hombres, enfilaba ya la recta de la calle, deteniéndose ante la montaña de muertos.

Capítulo X

El Pistolero

Lena había visto lo que podía hacer la banda de Derringer. Había visto la horripilante pila de muertos formada en breves minutos. Y se había dado cuenta de que con sus solas fuerzas nunca podría detener a aquellos hombres. Ahora estaría muerta, o lo que era peor, raptada.

Por eso, cuando el gobernador descendió de su carruaje, las primeras palabras de la mujer fueron:

—Voy a necesitar ayuda. Confieso que entonces me equivoqué.

El gobernador miró a Lena con el rabillo del ojo. Luego su atención se dirigió hacia la pila de muertos. Y tuvo un ataque de tos que por poco lo deja seco.

—¿Quién ha dejado tan sucia la calle?

—Los hombres de Derringer han estado aquí, señor. Pero la banda ha quedado prácticamente deshecha.

Acababa de hablar el cabo. El gobernador carraspeó.

—¿Deshecha? No sea optimista, hijo. Escupirá usted ahora al suelo, y antes de que el polvo se moje, Derringer habrá reorganizado su banda. Precisamente sé que los restos de la de Kessel vienen desde California para unirse a Derringer. Son al menos cinco hombres.

Lena, que estaba frente a él, se permitió insistir:

—Yo necesitaré refuerzos, señor. Le doy la razón en lo que concierne a los diez comisarios, y acepto su oferta.

—¿Qué le pasa? ¿Es que ahora tiene miedo?

Lena se mordió el labio inferior.

—No sé lo que me ocurre. No sé decir si esto es miedo. Pero ahora estoy segura de que con mis propias fuerzas nunca seré capaz de defender la paz en Tucson.

El gobernador la volvió a mirar con el rabillo del ojo.

—Entremos en su oficina.

Ésta, contigua a la cárcel, no estaba lejos. Lena y el gobernador se encaminaron hacia allí, seguidos por dos hombres que inmediatamente montaron guardia ante la puerta.

El gobernador se sentó tras la mesa, y Lena en un borde de ésta, mirándole.

—¿Ha dicho que necesita comisarios?

—Usted mismo me los ofreció porque creyó que me harían falta.

—Sí, es cierto. Claro que le hacen falta. Mientras no se resuelva el expediente acerca de su situación usted es el *sheriff* de Tucson, y mi obligación consiste en ayudarle por todos los medios. Pero en este momento me va a ser difícil.

—¿Por qué?

—Tengo a todos los hombres disponibles formando una especie de escuadrón volante que recorre los ranchos de la comarca. La banda de Derringer ha dado numerosos golpes aislados, en lugares muy distantes entre sí, y eso nos vuelve locos. Ya me perdonará usted que me exprese con cierta ligereza, pero es que debo olvidar que estoy ante una mujer.

—Olvídelo.

—Bien, el caso es que ahora no dispongo de diez hombres de confianza para ponerlos a sus órdenes. De tenerlos, se los habría enviado ya. Cabe contar con el ejército, pero todas las tropas de este Estado han sido movilizadas para resistir las últimas acometidas indias. No se puede hacer nada por el momento. Y lo más curioso es que yo ya preveía hace tiempo una situación así.

—¿Lo había previsto?

—Sí, y por eso hice lo que hice.

Lena no entendía bien.

—¿Qué hizo usted?

—Ya lo verá a su tiempo. Ahora en realidad sólo puedo ofrecerle la ayuda de un hombre. El mejor hombre de que dispongo.

—No puedo imaginar quién es.

En aquel momento, alguien golpeó con los nudillos la puerta.

Acto seguido entró uno de los guardianes quien dijo algo al oído del gobernador. Éste asintió.

—Que pase.

Luego se volvió hacia Lena.

—Sin duda el mejor hombre de que dispongo —subrayó—. No creo que haya otro como él en Arizona. Y desde luego la ayudará sin reservas.

Lena no era capaz de comprender quién podía ser aquel hombre. Se encogió de hombros.

—Puede valer mucho, pero me temo que uno solo sirva de bien poca cosa.

Llamaron otra vez a la puerta. El gobernador dijo:

—Opinará de forma distinta cuando lo conozca. —Y añadió—: Adelante.

La puerta se abrió, y en el despacho entró un hombre.

Lena creyó estar viendo visiones.

Lena creyó que aquello no era real.

Porque el hombre que acababa de entrar era Bruce Loman.

CAPÍTULO XI

TUMBA PARA UNO

—Éste es el pistolero de que le hablaba —indicó el gobernador—. El mejor con que la ley cuenta en Arizona. Pero ¿qué le ocurre, señorita? ¿Qué es lo que sucede?

Había sido tan grande la alteración del rostro de Lena, y tan fuerte el ruido que sus uñas produjeron sobre la superficie de la mesa, que el gobernador por fuerza tuvo que notarlo.

—¿Qué le ocurre?

—¿Ese hombre al servicio de la ley? —Silbó Lena—. ¡Ese hombre no es más que un asesino miserable!

Loman había cerrado la puerta. Y desde la entrada lo contemplaba todo con una expresión entre resignada e indiferente, como si aquello no fuera por él.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó el gobernador.

—¡Naturalmente! ¡Es un impostor! ¡El no puede ser el hombre a quien usted mencionaba!

—¿Y por qué no?

—¡Porque mató a Sheridan, el *sheriff*, delante de mis propios ojos!

El gobernador entornó los párpados.

—Lo sabía.

—¿Qué… que lo sabía?

—Sí.

Lena tenía la sensación de que la tierra se iba a abrir bajo sus pies. No salía de su asombro.

—Eso es imposible. Y si lo sabía tengo que decirle lo mismo, a

pesar de su cargo: es usted un canalla.

—Podría hacer que esta palabra le costase un disgusto, *miss* Winter. Pero está usted tan alterada que me haré cargo de las circunstancias y fingiré no haberla oído. Pues, bien. Yo ya sabía que él mató a Sheridan cara a cara. No sé por qué se arriesgó en darle una oportunidad.

—Pero ¿qué está diciendo? ¿Es que en Arizona se puede matar a un *sheriff* así como así, en la misma casa de su prometida?

—Sheridan fue *sheriff* tras dar muerte a varios de sus más importantes adversarios. Pero antes había estado ya en relación con diversas bandas de la comarca, ayudando a los cuatreros y beneficiándose de los asaltos a los Bancos. Derringer mismo fue, por decirlo así, uno de sus ayudantes. Hasta que al fin, Sheridan vio que no le convenía el trato con un bandolero tan notable, y le traicionó. Creyó que habría sido colgado, pero Derringer pudo salvarse y reorganizar su banda. Su deseo de venganza fue horrible. Y llegó hasta Tucson para satisfacerlo.

Las palabras que Derringer pronunció aquella fatídica noche resonaban aún en los oídos de la muchacha. Había dicho que sus hombres murieron, pero que él se salvó. ¿Era posible que todo aquello fuera cierto? ¿Qué la rápida fortuna de Sheridan hubiese comenzado con una orgía de sangre?

Sintió que algo le oprimía la garganta, sin permitirle hablar.

—Supongamos que eso sea cierto —logró musitar al fin—. ¿Cómo lo sabía usted? ¿Por qué lo mató precisamente ese hombre?

—¿Pregunta que cómo lo sabía? No soy tan tonto, ni mis órganos de información son tan malos. Los cargos sobre Sheridan estaban ya concretados, gracias a diversos informes y testigos, y lo único que yo estaba haciendo era darle cuerda para que se ahorcara él mismo. Si no llega a matarle Loman, yo lo hubiera hecho ahorcar una semana más tarde. Téngalo por seguro.

Los labios de Lena temblaban de tal modo que daba compasión verla. Con gusto Bruce la habría sacado de allí, la habría estrechado en sus brazos. Pero sabía que ahora ella le odiaba como nunca, de una forma rabiosa, desesperada, hasta la muerte.

—Aun así, no comprendo por qué tuvo que matarle este hombre —murmuró ella.

Y entonces Loman, que no había despegado los labios en toda

aquella conversación, explicó:

—Sheridan estaba condenado a muerte. Eso lo sabíamos todos los agentes federales que actuábamos en Arizona. No importaba que lo matase yo o que lo ahorcara el verdugo. Para él aún hubiera sido peor esto último. Eso es lo que pensé al entrar en la casa con los hombres de Derringer. Y pensé también que yo era el novato de la banda, el hombre en quien nadie confiaba aún y que me convenía mucho destacar a los ojos de aquellos pistoleros. Por eso desafié a Sheridan. Por eso quise ser yo quien lo matara. El que mata a un *sheriff* no tiene salvación ante la ley, y yo para aquellos hombres había matado a un *sheriff*. Ya era uno de los suyos y no podían desconfiar de mí. Me introduje en la banda en cumplimiento de una misión, como agente federal y éste fue el mejor modo de que me consideraran uno de los suyos.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Lena. Lágrimas de desolación, de impotencia, de dolor. Loman sintió por ella una compasión tan repentina, tan intensa, que al no poder ni siquiera prodigarle una palabra de consuelo, sintió como si una garra helada le estrujase el corazón.

—De modo que fue por eso —susurró Lena—. Consideró a Sheridan como un objeto.

—Era un canalla que no merecía vivir —sentenció el gobernador —. Una verdadera alimaña, mucho más peligrosa porque sabía disfrazarse. Tiene razón Loman al decir que mucho peor hubiera sido para él si le hubiese ahorcado el verdugo.

—Pero iba a casarse conmigo —masculló Lena, mientras a toda costa trataba de contener sus lágrimas.

—No eres tú la única mujer a quien había dicho eso —articuló Loman, con cierta dificultad.

—¿Cómo? ¿Qué pretendes insinuar?

—También había prometido casarse con Mona.

—Con ésa… —contuvo la palabra—. ¡No es posible! ¡Y además tú no tienes por qué saberlo!

—No olvides que Mona me recogió después de salvarme tú la vida. Durante varios días me ha traído a la choza medicinas, algunos alimentos y ropas. Naturalmente, hemos hablado también algunas veces. No es cierto que sea bailarina. Es una aventurera, el tipo de mujer con el que Sheridan tenía que tropezar

indefectiblemente. Estoy por afirmar que Sheridan la quería en realidad a ella, y que tú eras la mujer honrada que había de servir para tapar muchas de sus actividades. Lo cierto es que también le había dado palabra de matrimonio.

Lena estaba mortalmente pálida.

—No puedes demostrármelo.

—Mona vino aquí al enterarse de la muerte de Sheridan para averiguar si no se trataba de una de sus estratagemas. Ya ves la confianza que le tenía. Si quieres que te confirme todo cuanto te he dicho, está fuera, en la puerta. La he encontrado en la calle al separarme de la banda de Derringer, y le he rogado que me acompañase hasta aquí. ¿Quieres hablar con ella?

Lena vio a la otra mujer, o mejor, su silueta, paseando por delante de la ventana exterior. Era evidente que Loman le decía la verdad, evidente que todo aquello era cierto. El mismo gobernador asentía monótonamente con la cabeza, reafirmando todo lo que Loman había dicho. Y en estos tristes momentos, Lena se preguntó cuál era su obligación, si decir a Mona todo lo que pensaba de ella o callarse. Al fin resolvió que lo mejor era callar. Estaba más de acuerdo con su dignidad y con el fondo secreto de sus sentimientos, pues en realidad demasiado sabía que ella nunca había amado a Sheridan, aunque se entregó a él con la ilusión de su primera juventud inexperta. Demasiado sabía que desde el momento en que vio a Bruce Loman, en su corazón ya no hubo paz.

—No necesito hablar con ella —musitó—. Le ruego, señor Loman, que cuando la vea le dé las gracias en mi nombre. En el fondo se ha portado noblemente al decir la verdad. ¿Sabe qué es lo que piensa ella hacer ahora?

—Marchar de la ciudad inmediatamente. Esto le está pareciendo demasiado peligroso.

—Dígale en tal caso, señor Loman, que si alguna vez necesita algo de mí, estaré a su disposición, en el problemático caso de que dentro de unas horas continúe viva. Y que le deseo mucha suerte en cualquier lugar donde vaya.

—Así se lo diré, Lena.

Bruce salió. Estuvo unos minutos fuera, durante los cuales reinó en la habitación el más absoluto silencio. Lena estaba consternada, hundida, y el gobernador debía considerar más prudente no hablar.

Después, Loman entró nuevamente.

—Se marchará en la próxima diligencia, dentro de media hora tan sólo. Dice que ella también te desea mucha suerte a ti.

—¡Suerte! —dijo sarcásticamente Lena.

El gobernador se puso en pie.

—Creo que lo de Sheridan está bien claro, *miss* Winter. Ahora hemos de tratar concretamente de Derringer. Ese bandido reorganizará su banda inmediatamente. Y todo porque usted, Loman, no siguió mis instrucciones.

—No estaba de acuerdo con ellas —replicó rápidamente él.

Lena les miró a los dos.

—¿Qué instrucciones eran ésas?

—Hacer en provecho de la ley lo que Sheridan hizo en provecho propio. Convertirse en uno de los más importantes miembros de la banda de Derringer, en su verdadero jefe moral. Llevarlos a un golpe en cualquier ciudad donde ya les estuviese esperando un ejército de comisarios. Y aniquilarlos a todos.

—Sistema que no me ha gustado nunca.

—Claro Loman.

—Ni tampoco, por ejemplo, el de asesinar a Derringer por la espalda.

—Entonces, ¿cuál es su sistema? —aulló el gobernador—. ¿Qué diablos piensa?

—La banda de Derringer es como un imán que atrae a todos los forajidos de Arizona —dijo Loman en voz baja—. Me interesaba que llegase un momento en que fuera lo más numerosa posible. Ahora se le va a agregar la de Kessel, que viene desde California. Si ellos mueren, esta tierra habrá quedado prácticamente libre de forajidos durante mucho tiempo. Con la banda de Derringer tiene que morir toda la escoria de Arizona.

—¡Morir! ¡Morir! Pero ¿cómo?

—Ya lo he dicho; no por el procedimiento de llevarlos a una emboscada ni asesinar por la espalda a su jefe.

—¡Me está haciendo perder la paciencia. Loman! —gritó el gobernador—. ¿Quiere decirme de una maldita vez cuál es su propósito?

—Matarlos yo mismo —dijo, fríamente, el hombre.

Hubo un espeso silencio en la habitación. El gobernador tragó

saliva. Y Lena contempló a Bruce Loman con sus grandes ojos muy asombrados, muy abiertos.

—No le gusta emplear los métodos de Sheridan, ¿eh? —preguntó el gobernador.

—No me gusta emplear ningún método en que intervenga la traición, sea de la clase que sea.

—¡Muy bien! Usted habla, habla, habla… Pero ¿ha pensado que puede haberse vuelto loco? ¿Cómo va a enfrentarse sólo a una banda que volverá a estar organizada esta misma noche?

Loman sonrió.

—Prepáreme una tumba individual, gobernador. Es todo lo que pido. Habrá bastante dinero con mis pagas atrasadas.

Se volvió hacia Lena y susurró:

—Siento haberte dado este mal rato. Lo siento más de lo que puedas suponer, porque hasta las fieras como yo se conmueven a veces. Buenos días, Lena. No volverás a verme.

Dio media vuelta y salió. El gobernador propinó un solemne puñetazo sobre la mesa y empezó a gritar:

—¡Eh, vuelva! ¡Loman! ¡Loman! ¡Loman!

Pero nadie le hizo caso. A Loman no le importaba que fuese el gobernador de Arizona, En estos momentos no hubiese atendido ni a la llamada de un emperador.

CAPÍTULO XII

LA HORA DE MATAR

Aquel jinete iba solo.

Parecía no tener prisa por llegar a ninguna parte. Montaba indolentemente sobre su potro, al cual no excitaba. Se limitaba a dejarlo caminar, y todo él tenía el aire entre aguerrido y melancólico de un vagabundo tejano.

Cualquiera hubiese dicho que no sabía adónde iba. Atravesaba praderas, se adentraba por cañones rocosos, cruzaba riachuelos como si lo mismo le importara seguir un camino que otro, y como si lo único que contara allí fuera el capricho de su caballo.

Pero aquel jinete sabía a dónde iba.

Bruce Loman iba siguiendo paso a paso las huellas de la banda de Derringer. Pisadas de caballo restos de fogatas, latas de conserva vacías, indicando que allí habían comido varios hombres. Todo esto le servía de indicio para seguir su camino, Al fin encontró un rancho incendiado, con seis hombres abrasados entre sus escombros, y esto le sirvió para comprender que los restos de la banda de Derringer se habían unido a los restos de la banda de Kessel, llegados desde California.

Y para atreverse a atacar un rancho donde había seis hombres capaces de defenderlo, la cuadrilla tenía que estar formada ahora por diez pistoleros al menos.

No obstante, Bruce Loman siguió su camino. Ahora con más rapidez.

Y así continuó durante tres días.

Al anochecer del tercero llegó a una pequeña población llamada

Liverville.

Liverville era esencialmente un pueblo minero. Estaba situado al Norte y presentaba a los ojos del viajero un aspecto de soledad y de abandono increíbles. Pero a pesar de todo, no faltaban allí diversiones, puesto que si había dinero y hombres, parecía lógico que también hubiese mujeres y música. El número de saloons era de dos.

Loman entró en la ciudad poco a poco, como si no tuviera nada importante que hacer allí, y de un modo que parecía distraído se ajustó bien los revólveres en las fundas. Esos revólveres llevaban limado el punto de mira, sistema que aseguraba una mayor rapidez en sacar, pero que Loman no había empleado nunca. Ésta era la primera vez. Y lo había hecho porque creía que iba a necesitarlo.

Entró en el saloon que le pareció más elegante, dentro de lo que había en la ciudad, se sentó ante una mesa del fondo, lejos de las miradas de todos, y pidió ginebra.

Así estuvo quieto, cerca de media hora. Nadie hubiese sabido decir qué era lo que ocupaba sus pensamientos.

Pero él sabía que la banda de Derringer estaba allí. Había visto diez caballos juntos amarrados ante la barra del hotel, y todos con huellas en sus patas de haber pasado por la misma clase de terreno fangoso. Esto no era normal.

Pero lo que Loman ignoraba era que si él había ido siguiendo las huellas de la banda de Derringer, existía otra persona que, a su vez, fue siguiendo las suyas.

Esta persona pronto iba a ponerse de manifiesto ante sus ojos.

* * *

Bruce Loman había bebido su tercer vaso de ginebra cuando entró aquella mujer.

Era tan hermosa como un hada, pero iba vestida de negro. Sólo era blanca la cinta con que se sujetaba bajo el mentón su sombrero tejano. Y las cachas de sus revólveres, talladas en marfil.

Loman tuvo un estremecimiento al ver allí a Lena Winter. La muchacha se había despojado de su estrella, pero tenía el mismo aspecto decidido, enérgico, que cuando la llevaba. Y a pesar de eso y de sus ropas, los hombres que estaban cerca de la puerta empezaron a lanzar silbidos de admiración.

Lena se dirigió rectamente hacia el mozo que servía en la barra.

—¿Ha llegado hace poco algún forastero?

—A Liverville llega un forastero cada tres segundos, nena.

—Yo me refiero a uno que tendrá aspecto de haber venido desde muy lejos. Alto, fuerte, con los cabellos color trigo.

Posiblemente el mozo sabía ya a quién se refería Lena, pero le gustaba seguir viendo a la muchacha allí. Con gesto dubitativo, se rascó el mentón, contemplándola.

—Pues no sé, guapa. Pero ¿qué te parecería yo, si me tiñera el pelo?

Todos los que estaban detrás de la muchacha soltaron una risotada. Loman no intervino porque no quería que Lena le viese. Al contrario, su intención era huir. Pero algo le mantenía allí en contra de su voluntad, contemplando absorto a Lena como si ésta fuera una estrella caída del cielo. Y sintiendo como a cada momento el corazón aceleraba sus latidos, con una especie de angustia.

—Está perdiendo el tiempo —dijo Lena al de la barra, con un rictus de cansancio en sus labios—. No me interesará aunque se tiña el pelo o la cara. Pero tal vez empezara a enamorarme si usted se decidiera a lavarse los pies.

La risotada fue ahora más estentórea, más larga que antes. Hasta Loman mismo distendió los labios en una sonrisa.

Pero de repente la carcajada quedó cortada en seco.

En el local acababan de entrar tres hombres. Los tres con los revólveres bajos, las expresiones torcidas. Aun en un sitio como Liverville, donde los tipos más patibularios parecían darse cita, aquellos tres hombres tenían que llamar forzosamente la atención.

Había algo en ellos que daba frío. Quizá eran sus ojos grises, crueles, en los que no se leía ningún sentimiento. Quizá eran sus manos que parecían hechas para matar.

Loman reconoció en seguida a uno de ellos. Era Kessel. Señal indudable de que Derringer también estaba allí.

—Sirve ginebra para todos —ordenó el mismo Kessel.

Y al instante reparó en Lena.

—Tú, nena, bebes también.

—No bebo con desconocidos.

—Oh, a mí me conocerás en seguida. Me habrás oído nombrar más de una vez. Soy Kessel.

Se advirtió que el nombre había impresionado a la muchacha por un temblor en los labios de ésta.

—De todos modos sigue siendo para mí un desconocido —respondió, tratando de conservar su aplomo.

—¿Dirás lo mismo cuando te haya besado?

Un silencio espeso y agobiante se había hecho en el saloon. Sólo se oían las palabras de Kessel. Pero por eso mismo la respuesta de Lena, clara y tajante, se oyó también con toda claridad.

—Ten cuidado, Kessel. No tientes al destino. Aun cuando no te lo parezca, soy el *sheriff* de Tucson.

—¿Queeeeé…?

Parecía como si Kessel estuviera a punto de atragantarse. Sólo la impresión que la belleza de Lena le había causado le impidió echarse a reír.

—Mira, guapa, puedes inventar otro cuento, porque yo…

—Puedo demostrarlo.

—¿Cómo?

—De la manera más sencilla y eficaz. Con mi revólver.

—Eso es absurdo. No sabes ni manejarlo. ¿Qué quieres? ¿Hacer un concurso de tiro?

—No. Batirme con uno de tus pistoleros.

Kessel parecía estar viendo visiones.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Estos hombres han nacido con un revólver entre las manos. Incluso durmiendo te matarían. Y yo no quiero que mueras, por lo menos hasta saber qué grado de dulzura tienen tus labios.

—Yo soy más atrevida, Kessel —sonrió Lena—. Yo pretendo saber de ti algo mucho más íntimo.

—¿Qué? —preguntó el pistolero, sintiendo algo muy semejante a una ilusión.

—Saber qué color tiene tu sangre.

Entrechocaron los dientes del forajido.

—¿Querías un desafío, no? ¡Pues voy a ser yo mismo quien te mate!

—Veámoslo —porfió Lena.

Cuando ya Bruce Loman iba a ponerse en pie, uno de los pistoleros se situó delante de Kessel.

—Déjela para mí, jefe. Usted no tendría ninguna emoción con

esto; demasiado sencillo.

Kessel sonrió.

—Hiérela tan sólo. Pero sin estropearla.

—La escarmentaré, jefe. Se lo prometo.

Loman estaba ya en pie, al fondo, pero nadie se fijaba en él. El saloon entero estaba pendiente de lo que sucedía entre los pistoleros y Lena. Fue a intervenir, pero algo le detuvo; ese algo fue la admiración. Había una seguridad tan grande en Lena, un aplomo tal, que Bruce tuvo la sensación de que sería ella quien mataría al pistolero. En estos momentos, con su bellísimo rostro enmarcado por el sombrero tejano, con el traje negro ceñido a su figura escultural, parecía como nunca un hada. Pero un hada muy especial.

«Hada Negra… —pensó Loman—. Ése es tu nombre; Hada Negra…».

Las manos que ya rozaban las culatas de sus revólveres quedaron inmovilizadas al ver la seguridad con que Lena se ajustaba bien el cinto.

—A seis pasos —pidió ella misma.

Brillaron los ojos del pistolero.

—A esa distancia te mataré, guapa.

—Bueno, pues pongamos ocho —indicó Lena, sin perder ni un ápice de su aplomo—. En realidad me conviene a mí, porque a seis pasos me marearía el mal olor que despides.

Las mandíbulas del pistolero, al cerrarse de rabia, produjeron el chasquido que produciría una caja metálica.

—¡Basta de bravuconadas, imbécil! —gritó, mirando a la mujer —. ¡Saca!

Lena se encogió, inclinándose un poco hacia el lado izquierdo. El movimiento, de su cadera fue rapidísimo, digno de un verdadero profesional del gatillo. Sacó, haciendo un zigzag con el «Colt» para desorientar a su enemigo. Éste sólo tenía el revólver sujeto por la culata. Trató de arrojarse a tierra, pero ya no llegó a tiempo. La bala disparada por Lena le penetró entre los ojos.

Cayó a los pies del mismo Kessel, manchándole de sangre las botas. El forajido, a pesar de su experiencia, no pudo evitar un estremecimiento. Y entonces rugió algo ininteligible. Se convirtió en la bestia salvaje que había sido siempre. Olvidó la belleza de la

muchacha, sus deseos de unos minutos antes, todo, y a partir de aquel instante en su corazón sólo cupo el deseo de matar.

Lena, con demasiada ingenuidad, había enfundado su revólver.

—¡Te voy a…! —barbotó Kessel.

—¿A qué? —preguntó Loman.

Su voz, calmosa, había brotado junto a una columna cercana. Kessel se volvió.

—También Lena volvió la cabeza.

—¡Bruce! —exclamó.

—¿Quién eres tú? —preguntó Kessel con los ojos entrecerrados —. ¿Uno que quiere ofrecerse para morir en su lugar?

—Yo también tengo la misma curiosidad que ella, Kessel —declaró Loman—. Ver el color de tu sangre.

—Cuidado —susurró el pistolero que quedaba vivo—. Ese hombre estaba en la banda de Derringer. Es un gran tirador. No le conviene arriesgarse con él.

—Somos dos —silbó Kessel, con voz casi inaudible.

—¿Y ella…?

Pero el mismo Loman les sacó de sus dudas al pedir:

—Tú, Lena, apártate.

Había una extraña autoridad en su voz. Parecía como si aquel hombre hubiese nacido para mandar exclusivamente. Lena se apartó.

—¿Conforme, Kessel?

Estaba solo frente a los dos hombres. Sólo con sus revólveres y con su desprecio. Kessel gritó:

—¡Muere!

Era un grito vano. Entró en el Más Allá gritando, «muere, muere, muere», como un loco. Igual que si le acompañasen todos sus odios de la tierra. Porque lo cierto es que murió sin sufrir, sin darse cuenta de que moría tan alucinante fue la rapidez de Loman en los disparos que atravesaron su cabeza.

El otro pistolero logró hacer fuego, parapetándose tras su jefe mientras éste caía, pero el tercer disparo de Loman penetró en su pecho a la altura del corazón.

El hombre se derrumbó, tirando otras dos veces, pero ya contra las tablas del suelo, inútilmente.

Después de estos disparos, en el saloon se hizo un fúnebre

silencio.

Bruce enfundó sus revólveres, sin mirar a Lena. Pero se dirigía a ella cuando dijo:

—Tienes que marcharte de aquí.

—¿Yo? No puedo. Tengo una misión que cumplir.

—Olvídate de ella. Vuelve a Tucson, cómprate un método para aprender a bordar y no vuelvas a tocar un revólver en tu vida. No vuelvas tampoco a acordarte de que una vez conociste a Bruce Loman.

—Eso es precisamente lo que no puedo hacer —rezongó ella.

—¿No? ¿Por qué?

—Tú eres mi misión.

Bruce no entendió bien sus palabras.

—La misión de toda mujer es algún hombre, pero por lo que se refiere a nosotros dos, ambos vivimos en planetas distintos. Regresa a Tucson y olvídate de esta maldita aventura.

Ella sonrió tristemente.

—No puedo, Loman.

—Pero ¿por qué?

—Porque mi misión es detenerte. Traigo una orden escrita y firmada por el gobernador del Estado de Arizona.

Capítulo XIII

EL Demonio Del «Colt»

Loman tragó saliva poco a poco y dijo:

—Salgamos de aquí.

Lena se encogió de hombros, aun cuando en el fondo le hubiese agradado lanzar un suspiro de alivio. No podía resistir un minuto más sintiéndose rodeada por las miradas vidriosas de los hombres y con aquellos tres cadáveres a sus pies. No opuso resistencia a que Loman la tomara del brazo, rozándola suavemente tan sólo.

Nada más salir oyeron el tumulto que se formaba dentro del saloon, donde todos querían ver de cerca el cadáver de Kessel y admirar la precisión con que las balas habían sido colocadas.

Fuera, hacía un día gris, como si amenazase lluvia.

—¿Es cierto lo que has dicho sobre esa orden? —preguntó él.

—Sí, y si lo deseas puedes verla.

—No me hace falta. ¿Qué pretende el gobernador?

—Dijo sencillamente: «Todos los locos tienen que estar encerrados». Y firmó en seguida la orden de detención.

—¿Cree que no he obedecido sus órdenes?

—Opina que esto es un suicidio. Y que si el Gobierno federal te envió aquí para que te pusieras a sus órdenes, debías haberlas seguido paso a paso.

Loman distendió sus labios en una sonrisa triste.

—Le habría gustado que yo tendiese una emboscada a los hombres de Derringer. Eso, en su opinión, habría estado bien.

—¿Y por qué piensas tú lo contrario?

—Porque ese método no me gusta. Porque los hombres de

Derringer, aunque son unos desalmados, unos infra hombres destinados a la horca desde el momento en que aprendieron a manejar las armas, confiaban en mí. Hombres o fieras, ellos me explicaban sus proyectos y me asignaban una misión. Yo no podía engañarles. Yo tengo otros métodos de trabajo. Y esos métodos los considero honrados, sean eficaces o no.

—¿Consideras que debes enfrentarte a ellos completamente solo, y luchar por tu vida como una fiera acorralada?

—Cualquier cosa me parece mejor que preparar trampas.

—Sin embargo tu misión era organizar una emboscada. Ésas fueron las órdenes que recibiste.

Él enseñó a la muchacha sus manos manchadas de pólvora.

—Mira, Lena, durante un tiempo cabalgué junto a la banda de Derringer. Afortunadamente fue la breve época en que se dedicaba a asaltar diligencias sin que nadie se le opusiera. Fui testigo de numerosos robos, pero de ningún asesinato. En caso contrario habría tenido que intervenir mucho antes. Poco a poco me fui dando cuenta de hasta qué extremo eran unas alimañas que no merecían vivir. Pero aun así no quise engañarles. No les conduje a ninguna trampa. Supe bien quiénes eran, esperé a que la banda creciera y entonces me dicté a mí mismo la orden: Había llegado la hora de matar.

Lena tuvo un estremecimiento. No se atrevía a mirarle, pero sus ojos se habían dulcificado y en sus labios se marcaba ahora casi una sonrisa.

—Por eso les has seguido durante tres días, ¿no?

—Sí, y no podía imaginar que tú vinieras tras mis pasos.

—Yo tampoco podía imaginar que tú fueras un agente federal, Bruce. Como tampoco hubiese podido imaginar nunca todo… todo aquello.

Habían llegado a un momento difícil. Difícil para sus sentimientos, porque aquello era como una llaga en el corazón de los dos. Difícil para sus vidas, porque estaban a la vista de todos y en el centro de la calle principal de Liverville.

—Entremos en ese granero —propuso Loman—. No me gusta caminar así. Pueden acribillamos desde cualquier sitio.

Entraron.

—Se dio cuenta Loman de que sus ojos se habían desviado, de

que estaba mirando hacia otro sitio.

—Te quiero —musitó Lena—. Necesito decírtelo antes de que sea tarde, Bruce… ¡Te quiero!

«Antes de que sea tarde…».

Bruce Loman supo inmediatamente por qué la muchacha había dicho aquello. Por qué había adelantado su confesión. Y sobre todo, por qué había desviado los ojos.

Tres pistoleros estaban en la puerta.

* * *

Entre ellos no figuraba Derringer.

Loman sólo los miró un instante, una fracción de segundo, y tan rápida como su mirada fue la crispación de todos los músculos de su cuerpo. Dio un empujón a Lena, arrojándola contra los sacos, y él se lanzó en un fantástico salto contra la más cercana pila de paja. Las balas, como insectos voraces, le fueron siguiendo en su camino. Una de ellas le rozó la cintura. Otra, la cabeza.

Los tres pistoleros no habían esperado una reacción tan rápida. Pero ellos, a su vez, no eran paralíticos. Apenas un segundo después, ya estaban apostados a ambos lados de la puerta, y disparaban rabiosamente desde allí. Sus balas produjeron unos extraños alaridos al rasgar el aire quieto de aquel lugar. Loman, tumbado de bruces sobre la paja, extrajo sus revólveres. La paja, desde luego, no podía protegerle pero le ocultaba parcialmente a los ojos de sus enemigos.

—¡Cuidado! —advirtió—. ¡A tu izquierda, Lena, a tu izquierda!

La muchacha había sacado también sus dos revólveres y no parecía dispuesta a obedecer, a pesar de que se hallaba en la línea de tiro.

—¡Te enseñaré que yo también puedo servir de algo! —Silbó.

Una bala disparada desde la puerta le arrancó cabellos de la cabeza. Pero no palideció por eso. Hizo fuego también, rociando de plomo el espacio libre de la entrada.

Loman, en cambio, parecía haber resuelto que lo más prudente por el momento era no disparar.

—El resto de la banda llegará de un momento a otro —musitó—. Hemos de salir de aquí.

Hizo un rápido cálculo de posibilidades. Mientras uno de ellos

batiera la puerta, los pistoleros no se atrevían a asomar la cabeza. Y el otro podría huir empleando una ventana que había en la parte alta del granero, casi junto al techo. Hizo una seña, a Lena indicándoselo. Ella movió negativamente la cabeza.

—¡Quiero luchar! —porfió.

—El papel de Hada Negra no es el que mejor te sienta, Lena. ¡Huye por ahí mientras yo te protejo! ¡Hazlo o soy capaz de abrasarte!

Mordiéndose los labios, la muchacha obedeció. Comenzó a arrastrarse sigilosamente, mientras Loman batía la puerta. Como había supuesto, ninguno de los pistoleros asomó la cabeza.

Una vez en la ventana, Lena, aunque no había recibido instrucciones, se puso a batir la puerta también, para que Loman pudiera recargar sus armas y retirarse. Él se lo agradeció con una estrecha sonrisa. Pegado de espaldas a la pared con todos los nervios en tensión, fue retrocediendo poco a poco.

Una vez en la ventana, a la que se podía llegar por unos gastados peldaños de madera, indicó a Lena que saltara, y luego saltó él también. Cuando los pistoleros, extrañados al ver que nadie disparaba, asomaron la cabeza, el local estaba vacío.

Se llevaron una sorpresa.

Pero Lena y Bruce también.

Porque cuando cayeron a tierra desde aquella altura, se encontraron a dos de los hombres de Derringer que ya les estaban esperando con los revólveres a punto.

* * *

Aquélla era una lucha sin piedad.

Loman adivinó que aquellos dos hombres no habían disparado aún porque no sabían si Derringer quería viva a la mujer. Pero contra él sí que dispararían. Ahora, teniéndole en el suelo y aún un poco aturdido por el golpe no podían fallar el tiro.

Pero cometieron el error de fijarse en él exclusivamente. No dieron importancia a la mujer, por no considerarla peligrosa.

Y la muerte llegó por allí. Lena hizo fuego contra uno de ellos apenas su cuerpo tomó contacto con la dura tierra. Loman dio dos rapidísimas vueltas sobre sí mismo, esquivando la primera bala, y desde el suelo disparó también. Sus dos enemigos cayeron

alcanzados en puntos vitales, soltando los revólveres. Apenas habían transcurrido treinta segundos desde que Lena y Bruce saltaron por la ventana.

—Gracias —dijo Loman, poniéndose en pie—. De no ser por ti, hubiera muerto. Es la segunda vez que me salvas la vida. Pero ahora vete. ¡Vete de una vez!

—¿Quién eres tú para echarme?

—Mi misión es acabar con la banda de Derringer. He tenido paciencia hasta el fin, hasta ahora, porque sabía que Kessel y sus hombres iban a unirse a él y quería eliminarlos también. Hoy hemos llegado todos a nuestra última batalla. Y no quiero que mueras tú, ¿me entiendes? ¡No quiero!

Con una leve sonrisa en sus labios, Lena se encogió de hombros. Sus manos empuñaron los revólveres con una sorprendente firmeza.

—Hasta que vi morir a Sheridan fui una mujer que quería la paz —declaró—. Pero ahora, quiero mantenerla. Parecen dos cosas iguales y, sin embargo, son espantosamente distintas.

—Parece como si te gustase morir por tu estrella de *sheriff*, Lena. Y una mujer como tú merece algo mejor.

Ella iba a contestar algo, pero no hubo tiempo. De repente comprendieron los dos, al oír recias pisadas a un lado del edificio, que aquél era el peor momento para hablar. Las pisadas se acercaban velozmente y correspondían por lo menos a dos hombres.

—Deben quedar circo pistoleros en la banda, contando a Derringer —dijo rápidamente Loman—. Cúbrete, Lena.

Dos hombres aparecieron por el recodo, con las armas a punto. Se separaron instantáneamente al ver a Bruce, haciendo fuego.

No tuvieron tiempo para apuntar. Las balas silbaron demasiado altas. Y Bruce, entonces, trazó con su revólver un suave movimiento de abanico. Cuatro balas fueron en busca de dos hombres. Dos al pecho y dos a la cabeza. Ambos pistoleros cayeron rodando sin vida sobre la tierra fangosa.

Y a partir de ese momento, Loman decidió pasar a la ofensiva. Los acontecimientos se habían precipitado. Tenía que acabar con Derringer antes de que éste se diese cuenta de que ya no le quedaban hombres para protegerle.

Recargó su revólver, con movimientos tranquilos, y fue a la calle principal. La ventana por donde habían saltado estaba en la parte

trasera del granero, o sea, que daba a una calle paralela a la principal de Liverville. Sólo unas quince yardas separaban ambas vías.

Lena cometió la imprudencia de ir tras él. Lo hizo sin darse cuenta de que Derringer estaba a su espalda, agazapado, esperando solo el momento de poder acribillarles sin peligro. Y al verles alejarse comprendió que ese momento había llegado.

Levantó el revólver.

«Primero la mujer —pensó—. Él se volverá al oírla caer. Tendrá un instante de vacilación y ése será su fin…».

Pero Brucé, en aquel momento, se había vuelto al oír que Lena le seguía.

—Te he dicho… —comenzó.

De repente sus facciones se contrajeron.

—¡Cuidado!

La bala silbó cuando Lena se pegaba a la pared, produciéndole un rasguño en la cadera. La muchacha lanzó un breve grito, al tiempo que Loman se encogía, arqueándose como una fiera dispuesta a saltar. Su revólver izquierdo vomitó fuego dos veces, pero Derringer era escurridizo. Se cobijó tras la esquina de un edificio, disparando también. Ninguna de las dos balas dio en el blanco.

—Creo que empezamos a estar en paz… —susurró Lena.

—¡Corre ahí enfrente! ¡Ocúltate!

La muchacha atravesó la estrecha calle en el momento en que Derringer disparaba de nuevo. La bala le rozó un tobillo. Loman disparó otra vez, pero sin resultado. Jamás se había enfrentado a un enemigo tan escurridizo como aquél.

Y en ese momento, Loman empezó a sudar de angustia.

Pocas veces le sucedía eso. Quizá era ésta la primera. Comenzó al ver que tenía a Derringer agazapado a su izquierda y que desde el otro lado de la calle principal, a su derecha, dos hombres armados de rifles «Winchester», se disponían a acribillarle. Los últimos restos de la banda estaban allí.

Bruce no tenía un momento que perder. Los dos enemigos de su derecha podían fallar un tiro, pero no fallarían el segundo. Y estaban ya preparados para disparar.

En este segundo de desesperación, cuando él mismo no hubiese

dado ni diez centavos por su vida, miró a Lena, Y la vio tan hermosa, tan pura, tan lejana, que una sensación de amargura pareció estrangularle. Porque en la vida nunca tuvo lo que más deseó. Y ahora, cuando tan ardientemente amaba a Lena, la iba a perder también.

Todos estos pensamientos le ocuparon menos de un segundo.

Inmediatamente tomó una decisión, que fue colocarse en el centro de la calle. Rabiosamente, como si fuera el último acto de su vida, disparó contra los dos hombres. Éstos le hubieran acribillado tal vez de llevar armas cortas, pero los rifles eran más complicados en su manejo y perdieron con ellos un segundo precioso. Las balas de Loman mordieron su carne cuando aún no habían conseguido hacer el primer disparo. Cayeron los dos a la vez, con una expresión de estupor en sus rostros, mientras una docena de hombres se arrojaban al suelo en la calle principal para ver desde allí, más o menos seguros, la última parte de la salvaje lucha.

Derringer asomó por el recodo, haciendo fuego. Vio sólo confusamente a Loman, que se había pegado a la pared nuevamente. Fue a tirar otra vez, ahora más sobre seguro, antes de que su enemigo se volviera, y los martillos de sus revólveres golpearon en el vacío. Estaban descargados.

No le quedaba tiempo para reponer municiones. Loman le estaba ya apuntando. Y entonces, Derringer demostró que nunca consideraba perdida una lucha. Soltó sus armas y se lanzó a una fantástica velocidad hacia Loman, desenvainando su puñal.

Bruce pudo matarle, porque la frenética carrera de Derringer duró diez segundos. Pero al ver venir a su enemigo armado con un cuchillo, él lanzó el revólver. Un murmullo de incredulidad se elevó de entre el grupo de espectadores, ya apiñados a los extremos de la calle. Lena lanzó un sordo grito.

—¡Con mis puños tengo bastante, Derringer!

Mientras decía esto, Loman los movió. Un directo a la oreja derecha de Derringer le hizo zumbar el cráneo. Esquivó las dos locas cuchilladas en zigzag y propinó un gancho al mentón de su enemigo. Éste cayó como si le hubiese golpeado una catapulta.

—¡Levántate, Derringer!

—Claro que sí, muñeco.

Derringer estaba ciego de rabia. Empuñó el cuchillo con las dos

manos, como si fuera un sable, y trazó con él un extraño molinete capaz de desorientar a cualquier adversario. Pero Loman no se dejaba sorprender. Aguardó a pie firme. Derringer vino a él, por su propio impulso, y entonces las manos de Bruce se cerraron sobre las muñecas de su enemigo. Poniendo en juego todos los músculos lo volteó por encina de su cabeza, entre un alarido impresionante de los testigos de la pelea.

Derringer chocó contra la pared de madera del granero, sin soltar aún el cuchillo. Sus dientes estaban apretados y por su boca manaba sangre. Se lanzó con la cabeza baja, como un animal perdido en la estampida. Loman se inclinó un poco, recibiéndolo con un fantástico gancho a la cara. Derringer aulló. Chocó contra la pared de la casa frontera. Y desde allí, bañada en sangre, silbó:

—¡Muere!

Lanzó el cuchillo al vuelo. Loman lo esquivó, dejándose caer de costado con una increíble agilidad. El arma se clavó en las tablas de una fachada, y quedó vibrando. Loman lo arrancó de un tirón y lo lanzó secamente contra su enemigo. Éste lo recibió en el pecho, a la altura del corazón, y sus facciones se crisparon al frío espantoso de la hoja. Derringer cayó, e instantes después había lanzado su último estertor.

Loman recogió sus armas y las enfundó poco a poco, con un gesto de cansancio. La muchacha vino hacia él.

—Volvamos a Tucson —dijo Bruce—. El gobernador tiene que echarme esa bronca.

—Y es probable que te haga detener —sugirió Lena— para colocarte bajo la vigilancia del *sheriff*… durante toda la vida.

—Apenas se aclare mi situación en Tucson y el gobernador se olvide de que incumplí sus órdenes, tú renunciarás al cargo —repuso Loman—. Tengo otro empleo para ti, mucho más seguro y estable. ¿Lo aceptas?

Y Lena, con lágrimas en los ojos, dijo que sí.

FIN